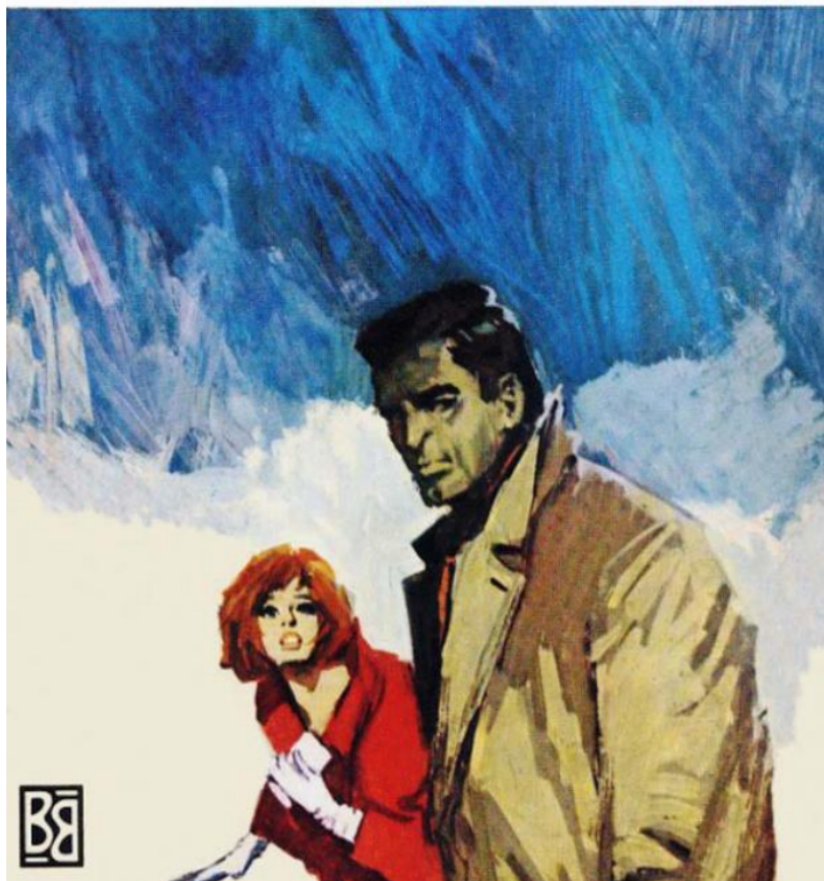


PUNTO
ROJO

los traficantes del mal

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



LOS TRAFICANTES DEL MAL

ALMA
REINHOLD

FRANK
CARELLA





BURTON HARE

LOS TRAFICANTES DEL MAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 244

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 33.417 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre 1966

© BURTON HARE - 1966

sobre la parte literaria

© DESILO - 1966

sobre la cubierta

© COSTA Y VIVAS - 1966

sobre las ilustraciones interiores

Cceden los derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Maza a Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Maza la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.

En Colección SERVICIO SECRETO:

835 - El extraño crimen del fuego.

850 - Trampa en la oscuridad.

852 - Algo más que un atraco.

En Colección PUNTO ROJO:

235 - Guerra secreta.

238 - La muerte se viste de oro.

241 - ¡Maten a Carella!

En Colección ARCHIVO SECRETO:

129 - Hasta que la muerte llegue.

131 - Destino «La Morgue».

139 - Morir es fácil.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA NOCHE AMARGA

Frank Carella abandonó el bar y anduvo bajo la fina llovizna sin saber a ciencia cierta a dónde dirigirse. Se caló un poco más el sombrero, subióse las solapas del impermeable y contempló los brillantes reflejos de las luces en el asfalto cubierto de agua.

Se preguntó una vez más qué demonios le sucedía aquella noche. Sólo era una noche de invierno como otras muchas. Había habido otros inviernos en su vida, y con un poco de suerte habría más todavía, si las balas le respetaban, no obstante, un continuo escalofrío parecía deslizarse por su espalda, inquietándole, devolviéndole al pasado.

Eso era, aunque no se atreviese a confesárselo a sí mismo: el pasado.

Porque justo en ese día, casi a esa hora de una noche de invierno, su vida había sido rota, llenándole de amargura y soledad. A raíz de aquella noche se afincó en su mente la idea de la venganza. Una venganza que debería durar el resto de su existencia, mientras tuviera fuerza en sus músculos y claridad en su cerebro.

¿Cuánto tiempo hacía de eso?

Sacudió la cabeza tratando de borrar los recuerdos. Fue en vano.

Siguió barajando recuerdos, sintiendo que le hacían daño, recreándose casi en esa vieja tortura. Aunque, a fin de cuentas, había cosas que le gustaba recordar, ya que a raíz del drama que le empujó a la venganza nacieron «Los Justicieros»...

Era su obra, si se detenía a pensar en eso. Haber reunido al grupo de hombres más duros, más inteligentes, más despiadados e implacables que existiera jamás dentro de la Ley. Y estaban orgullosos de ellos mismos por los servicios prestados a esa misma

Ley que les ignoraba, y a la patria que habían jurado defender anónimamente.

Sus pensamientos le llevaron a reconsiderar los casos resueltos en su ya larga carrera. Habían salvado al país, y quién sabe si a la humanidad, de una hecatombe monstruosa, habían barrido infinidad de bandas de forajidos «legalizados», hombres a los que las leyes no podían tocar por falta de pruebas y que escarnecían al pueblo al que esas mismas leyes debían proteger...

Sí, podían sentirse orgullosos de lo hecho hasta entonces.

La fina llovizna goteaba del ala de su sombrero. Miró a su alrededor para orientarse. Había llegado a East River Drive, desierta bajo la lluvia. Sólo el rumor del río, el chapoteo de las aguas, turbaba el silencio tan difícil de hallar en Nueva York.

Deteniéndose, se apoyó de codos en el pretil y contempló las aguas del East River deslizándose lentamente abajo.

A cierta distancia, las luces de los barcos anclados al otro lado eran como signos de una vida intensa que alentaba por doquier. Y las parpadeantes de los lanchones, rojas y verdes, arriba y abajo del río. ¿Qué debían sentir aquellos hombres, también rudos, también arriesgados a veces?

Seguro que no experimentaban amargura alguna, se dijo. Incluso, entre el chapoteo del agua, le llegó la dislocada música de una radio, puesta a todo volumen en una de las lanchas que cruzaban.

Frank Carella cerró los ojos un momento. Realmente, era otro aniversario de la noche más espantosa y amarga de su vida. ¿Por qué rebelarse contra los recuerdos?

Suspiró y dejó que el sordo dolor de la herida brotara sin trabas en lo más profundo de su alma.

Entonces oyó los apresurados pasos que se acercaban. Era un taconeo desordenado, como el que producen las ansias desesperadas por correr con la angustia invencible de la fatiga.

Carella aguzó el oído, todavía con la mente ocupada por sus recuerdos. Le chocó aquel rumor, todavía lejano.

En aquel instante, un remolcador hizo sonar su ronca sirena y el ruido cesó. Frank volvió a acodarse en el pretil pensando en los misterios de la noche...

Repentinamente, las pisadas se reanudaron. Carella supuso que

la mujer estaría a unos cien pies de distancia. Volvió a incorporarse y aguzó la mirada.

Entonces la vio. Una sombra vacilante que avanzaba apoyándose de vez en cuando en el pretil como si le faltaran las fuerzas. Debía encontrarse mal, tal vez enferma. O quizá estaba en un apuro.

Carella decidió andar a su encuentro. Dio unos pasos y ella debió descubrirlo a su vez, porque dejó escapar una leve exclamación y trató de correr más. Al reducirse la distancia, Carella escuchó la jadeante respiración de la muchacha. Decididamente, estaba enferma.

Frank cubrió la última distancia casi corriendo. Llegó a tiempo de cazar a la joven cuando se desplomaba hacia adelante y la sostuvo en vilo, apoyándola después en el pretil.

—¿Qué le pasa, está usted enferma?

Ella levantó la cabeza y Frank pudo verle el rostro por primera vez. Sintió una sacudida en todos sus nervios. Era una cara bella, pero descompuesta por una fea mueca de terror. Carella había visto el miedo en todas sus formas, pero nunca con esa intensidad.

—¡Por favor... ayúdeme! —suplicó ella con la voz rota por los sollozos.

—Cálmese, no le sucederá nada.

—¡Ayúdeme...!

—Está bien, nadie le hará daño si es eso lo que teme.

Ella tenía los ojos anegados de lágrimas, más los fijó en el rostro del hombre y algo que vio en él debió inspirarle confianza. Se apoyó contra su pecho y susurró:

—¡Lléveme lejos de aquí... huyamos!...

—¿Por qué? Está agotada, necesita reponerse.

Ella se enderezó, volviendo la cabeza en la dirección por dónde había venido. Carella escuchó, oyendo también los pasos que se acercaban.

Eran unos pasos pesados, de unos pies calzados con suelas que chirriaban levemente al pisar el agua. Y no parecían presurosos, sino pausados, como si el individuo no dudara de que alcanzaría su objetivo sin necesidad de correr.

Carella odiaba intervenir en una disputa de amantes. Cada uno es libre de vivir a su antojo, y quizá un hombre, en ciertas circunstancias, puede incluso maltratar a la mujer que le ha

traicionado. Pero nadie tiene derecho a infundirle un terror semejante.

Entre sus brazos notó el temblor del duro cuerpo de la muchacha.

—¿Es él quien te persigue? —indagó.

—¡Sí, sí!

—No temas.

—Usted es fuerte... puede ayudarme...

—Seguro que sí, pequeña.

Repentinamente, de la oscuridad se desprendió la voluminosa silueta de un individuo robusto y fuerte. Vestía un impermeable demasiado estrecho para él y se cubría con un sombrero de la misma tela que el impermeable. No pareció inmutarse al ver a la pareja. Sólo sonrió.

Al acercarse más, Carella contuvo la respiración al notar el bulto que deformaba el impermeable a la altura del bolsillo derecho. El hombre llevaba una pistola y les apuntaba con ella.

En aquel instante Carella distinguió también sus facciones, y la helada sonrisa, y el brillo de sus dientes. Ella se apretó contra su pecho, presa de espanto.

El desconocido movió la pistola dentro del bolsillo.

—No se muevan —ordenó con voz desagradable—. Usted ha venido a complicar algo que era muy sencillo...

Dulcemente, Carella apartó a la muchacha dejándola que se apoyara en el pretil del río. Después dijo:

—No sé qué clase de juego es el que se traen ustedes, pero sea el que sea, lárguese de aquí mientras esté a tiempo, gordo. No me gusta usted, ni esa pistola que empuña.

—De modo que se ha dado cuenta y todavía gallea. Debe estar loco. ¿O tal vez se siente héroe?

La muchacha gimió:

—¡Nos va a matar! ¿No se da cuenta? ¡Nos matará!

—Tú lo has dicho, monada. A los dos, ya que el caballero insiste.

A pesar de estar acostumbrado a habérselas con toda clase de asesinos, Frank reconoció que jamás había tropezado con uno tan frío, tan sereno. Comprendió que las cosas podían ponerse terriblemente mal si no conseguía distraer al criminal aunque sólo fuera un segundo.

La voz desagradable del desconocido dijo:

—Tú chica, apártate del pretil.

Remachó la orden moviendo la pistola dentro del bolsillo. La muchacha emitió un gemido y obedeció llevándose ambas manos a la garganta para ahogar los gritos que pugnaban por escapársele. El pequeño bolso que empuñaba escapó de sus dedos y cayó al suelo con un golpe sordo.

Carella, tenso como un cable de acero, con todos sus sentidos dispuestos a una acción desesperada, controló su voz y exclamó:

—¡Espera un segundo, bastardo!

—¿Vas a pedirme clemencia, o es que ya no te sientes el héroe de un serial?

—¿Por qué quieres matar a la chica?

—Quien paga manda, amigo. Tengo orden de «despacharla» y lo hago. Es así de sencillo. Sólo que tú has hecho que tenga que hacer parte del trabajo gratuitamente. Nadie va a darme un centavo por tu pellejo.

—Ya veo... Vas a estropear el impermeable si dispara a través del bolsillo.

La incongruencia del comentario pilló de sorpresa al asesino, quien exclamó:

—¡Demonios con lo que te preocupa! ¿Estás chiflado o qué?

Pero empezó a sacar la mano del bolsillo para disparar con el arma al descubierto. Era lo que Frank Carella había aguardado, de modo que su mano voló en busca de la «Magnum 389» que llevaba sujeta al cinturón, al mismo tiempo que daba un salto, apartándose de la muchacha para distraer la atención de su enemigo.

El gordo emitió un juramento y disparó antes de haber extraído por completo el revólver. La bala, mal dirigida, zumbó por encima de Carella cuando éste se dejaba caer de rodillas.

Sus dientes rechinaron al apretarlos salvajemente, como siempre que se enfrentaba a la muerte en forma de asesino a sueldo. Tiró del disparador de su tremenda automática y su ronco bramido acalló los ruidos del río y los chillidos de la aterrada muchacha.

La gruesa bala blindada pegó contra el pecho del criminal, tirándole hacia atrás y obligándole a girar como una peonza con los brazos contraídos contra sus costados.

En medio de sus giros cayó sobre la joven y ambos golpearon

contra el pretil. Los aullidos de la muchacha subieron de tono mientras se debatía para librarse de la masa que tenía encima.

El asesino gorgoteó, deslizándose a lo largo del cuerpo escultural de su presunta víctima. Dejó escapar una especie de gruñido y su revólver, en el último segundo, escupió fuego y muerte como si quisiera cumplir todavía la peonza con los brazos contraídos contra sus costados.

La joven dejó de gritar. Sus ojos se desorbitaron y ya no se debatió más. Y de repente, los dos cuerpos, entrelazados, se desplomaron juntos ante el atónito asombro de Carella, que no podía comprender que el asesino, a pesar de llevar la muerte en el pecho, hubiera logrado todavía realizar la canallesca hazaña por la que se le pagaba.

De un brinco estuvo junto a los dos cuerpos. Los dedos del criminal habían soltado el revólver y arañaban débilmente el mojado asfalto. Carella sintió tentaciones de patearlo hasta convertirlo en una piltrafa, pero todo lo que hizo fue inclinarse para comprobar el estado de la pobre muchacha.

Estaba muerta.

—¡Puerco, si apenas era una chiquilla! —barbotó con voz ahogada.

Los dedos del gordo se inmovilizaron. En alguna parte, el vibrante silbato de un guardia comenzó a escandalizar. Carella miró por última vez el bello rostro de la chica, a la que no había sabido salvar de la muerte. Tras esto, recogió el pequeño bolso, tanteó los bolsillos del criminal, comprobando que estaban vacíos, y echó a correr fundiéndose en las sombras de la noche, mientras el silbato del policía se acercaba por momentos.

Cuando estuvo a cierta distancia, Frank redujo el paso. Detrás quedaba la muerte en su forma más fea. Y justamente aquella noche había tenido que suceder. Casi como antaño, en otra noche de invierno... También ahora el asesino se había cebado sobre una indefensa muchacha, sólo que en aquella otra noche invernal no había sido sólo una mujer.

Se estremeció. Advirtió que sus manos temblaban y las hundió en los bolsillos del impermeable, acariciando insensiblemente el pequeño bolso que perteneciera a la desgraciada víctima del criminal.

No supo cuánto tiempo llevaba andando sin rumbo cuando se detuvo ante las llamativas luces de un bar. Entró y pidió un *whisky* doble. Al beberlo, el ardor del alcohol calmó; un poco su excitación. Pagó y volvió a perderse en la noche en compañía de sus recuerdos, de su inmensa soledad y del pequeño bolso que abultaba en su bolsillo, añadiendo una nueva dosis de amargura a la que le había invadido durante las últimas horas.

Cuando entró en su apartamento, sacó el bolso y estuvo mirándolo unos instantes. Después, lo dejó sobre la mesa, se despojó del impermeable y de la chaqueta y fue a sentarse en una silla con gesto cansado. Sus ojos no se apartaban del bolso. Al fin, lo abrió, volcando el contenido encima de la mesa.

Pasó revista a su botín. Todo lo que salió a la vista fue un paquete entero de cigarrillos, un diminuto encendedor de gas, un llavero con dos llaves y los útiles de maquillaje que las mujeres suelen llevar en el bolso.

Además, encontró un paquete con nueve cartulinas de color amarillo, del tamaño de una tarjeta. En todas ellas había un número telefónico impreso en un ángulo.

Pero no había ningún documento que permitiera identificar a la joven muerta, ni la licencia de conducir; nada absolutamente.

Carella tomó las nueve cartulinas, acercó el teléfono y marcó el número que había en ellas. El timbre estuvo sonando insistentemente al otro extremo de la línea, pero nadie respondió.

Colgó el auricular, encendió un cigarrillo y se recostó en la silla. Quedó inmóvil, con los ojos semicerrados, pensando en la muchacha, el asesino y otras cosas.

Y así pasó casi toda la noche, aquella amarga noche de invierno.

CAPÍTULO II

REUNIÓN DE «NEGOCIOS»

Johnny Rugolo aplastó más la colilla del cigarrillo en un cenicero. Con voz contenida comentó:

—Fue una fatal casualidad que eso sucediera precisamente anoche.

Brett levantó la cabeza, apartando la atención del periódico. Tras un gruñido de asentimiento dijo:

—No me sorprende que Frankie esté furioso.

El tercer miembro del grupo, Lin Burke, cambió de postura en el diván, estirando sus largas piernas. Tras esto, y como si hablar le costase un gran esfuerzo, gruñó:

—Opino que ya debiera haber olvidado lo que pasó hace años. No es bueno encastillarse en un pozo de odio y amargura.

—Tú sabes cómo es él. Oye, ¿crees que se saldrá con la suya y el «viejo» le autorizará a seguir adelante con este asunto?

—No. Se trata de un asesinato. Pertenece por entero a la policía metropolitana. Su Brigada de Homicidios se encargará del caso.

—Si es así, preferiría no encontrarme aquí cuando llegue Frankie.

—Tendrá que tomarlo con calma.

Rugolo encendió otro cigarrillo.

—Llevamos demasiado tiempo sin hacer nada —opinó—. A todos nos convendría un poco de movimiento.

—¿Por qué no haces gimnasia sueca? —sugirió Peter Brett con sorna.

Antes que su compañero pudiera replicarle se abrió la puerta y entró Frank Carella. Una nube de tormenta asomaba a sus pupilas color de acero.

Sin quitarse el cigarrillo de los labios, Johnny preguntó:

—Y bien, Frankie, ¿qué dice el «viejo»?

Carella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. Asunto para la policía.

—Es lo que imaginaba.

—Dame un cigarrillo, ¿quieres?

Rugolo le arrojó uno, que cazó al vuelo. Tras encenderlo, añadió:

—No obstante, vamos a realizar ciertas pesquisas al margen de lo que haga la Brigada de Homicidios.

Brett se enderezó de golpe.

—De manera que has conseguido que pudiéramos meter las narices en este guisado, ¿eh?

Lin Burke intervino:

—Me pregunto por qué te interesa tanto el problema, Frankie. Después de todo, sólo se trata de un crimen. Se cometen a docenas en esta podrida ciudad sin que se altere tu pulso. ¿Qué tiene este de especial, aparte de haber sido cometido ante tus narices?

—Las tarjetas —replicó Carella, exhalando una bocanada de humo.

—¿Qué?

—Las tarjetas con el número de teléfono.

—Bueno, no veo qué encuentras de extraño en eso. Son simplemente tarjetas.

—Sin nombre ni dirección, sólo el teléfono. ¿Y de ese color chillón?

—Los gustos de las mujeres están fuera de la comprensión del sexo fuerte —cacareó Peter Brett, riendo—. Conocí a una mejicana que...

—No nos interesan tus aventuras eróticas, Peter —le atajó Rugolo con burla. Después volvióse hacia Carella y preguntó—: Ese número telefónico, ¿sabes si era el de la chica muerta?

—Acabo de comprobarlo. Era el suyo. Tenía un apartamento de lujo en Central Road.

—Bueno, entonces creo que realmente no hay nada extraño en las tarjetas. Tal vez prefería anotar de su puño y letra sus señas, sólo para las personas a quienes consideraba dignas de saberlo. Hay gente que lo hace así.

—Pero no con esa clase de cartulina, amarilla y brillante, chillona en extremo.

—Bueno, ¿cuál es tu idea entonces?

—No tengo idea alguna por el momento, pero vamos a tratar de formar algunas.

—¿Cómo se llamaba la chica, Frank?

—May Reinhold. Los periódicos de esta mañana publican su fotografía.

Hubo unos instantes de silencio. Después, el jefe del grupo habló con tono preciso:

—Tú, Lin, vas a ocuparte de reconstruir la historia de esa muchacha, a ser posible desde la misma cuna. Brett, tú puedes hacer lo mismo con el asesino. Los periódicos publican también su fotografía, y le han identificado por medio de sus huellas dactilares. Se llamaba Charles Gifford. Sería un paso definitivo saber quién le pagó para matar a la chica. ¿Entendido?

—Seguro.

—¿Y yo qué hago, Frankie, mientras esa pareja se divierte? —quiso saber Johnny Rugolo.

—May Reinhold era natural de un pueblo llamado Renselaer, cerca de Albany. Debe tener familia allí, o amistades. Coge el coche y lárgate a conocer el ambiente de la población. Saca lo que puedas sobre las amistades de la muchacha, cuándo estuvo allí por última vez, y si resulta que su estancia es reciente entérate con cuáles personas habló y de qué. Quizá, si estuvo hace poco tiempo, ya se cernía sobre ella alguna especie de amenaza. En fin, ya sabes cómo tienes que hacerlo.

—Okey.

—Y una advertencia; el secretario de Justicia me ha autorizado a continuar con el asunto a título estrictamente privado. La policía no debe saber en ningún momento que estamos moviéndonos en su mismo terreno. ¿Está esto claro?

—El «viejo» empiece a chochear —rió Johnny—. ¿Teme que le produzcamos complicaciones?

—No sería la primera vez, si te detienes a pensar en ello.

Carella sonrió. Levantándose, Peter Brett indagó:

—¿Qué te reservas para ti, muchacho?

—Según el periódico, May Reinhold tenía una amiga íntima, de

nombre Virginia Auburn. Me ocuparé de ella.

—Por supuesto, será una belleza, ¿eh?

—Tal vez. Los periódicos no publican su fotografía.

Brett sacudió la cabeza.

—Un día de éstos vas a meterte en un lío de faldas, viejo comentó irónicamente.

—Se metió en uno anoche, diría yo.

Carella volvió la cabeza. No había el menor signo de humor en su rostro de rudas facciones. Rugolo olvidó los comentarios burlones y se dispuso a marchar.

En cortos intervalos fueron saliendo uno a uno. Carella fue el último en abandonar el sencillo apartamento que les servía de punto de reunión. Lo hizo pensando en la clase de mujer que sería aquella Virginia Auburn...

CAPÍTULO III

VIRGINIA AUBURN

Era una de esas rubias altas, espectaculares y cimbreantes que llegan a los treinta años haciéndose más hermosas con el transcurso de cada uno de ellos. Carella la recorrió con la mirada de arriba abajo y de abajo arriba. Tenía un cuerpo que podía hacer olvidar su llamativa belleza, obligando a pensar en otras cosas.

—¿Otro preguntón? —le espetó la muchacha con disgusto.

—No soy periodista, pero deseo hablar con usted.

—¿Por lo de May?

—Sí.

—Está bien, pase.

Entró y Virginia Auburn cerró la puerta silenciosamente. Carella se encontró en un interior cómodo y confortable, de una decoración tan espectacular como su propietaria.

—Siéntese si quiere —suspiró la joven resignadamente—. Por lo visto, me he convertido en un centro de atracción nacional.

—En todo caso, la atención se centra sobre su amiga muerta. ¿Cuándo la vio por última vez?

—Pocas horas antes de que fuera asesinada. Ya he informado de eso a la policía. Y si usted no es reportero, ¿quién diablos es?

—Eso no importa ahora.

—¡Ya lo creo que importa! No voy a responder las preguntas de todo fisgón que venga aquí a meter las narices.

Carella hizo una mueca de impaciencia.

—Me interesa el caso de su amiga. Sé que el hombre que la mató lo hizo siguiendo las órdenes que había recibido, lo cual demuestra que el responsable del crimen es otra persona... y es a esa persona a quién quiero encontrar.

—¿Por qué?

Había una nota de desconfianza en su voz. Él dijo:

—Tal vez porque yo era amigo de May y deseo vengarla...

—Sí, tal vez; sólo que no lo creo. ¿Cómo se llama usted?

—Frank.

—¿Y qué más?

—Frank es suficiente.

—Usted no era amigo de May.

—¿Por qué no? No me diga que conocía a todas las amistades de su amiga.

—Si ella hubiese conocido a un hombre como usted yo lo sabría. No hubiera podido callarse, pregonándolo a los cuatro vientos.

—Ahora es cuando habla en chino para mí. ¿Qué demonios...?

—Usted es uno de esos tipos interesantes, amigo; fuerte como un atleta, y calculo que su estatura pasa de los seis pies. Además, está amargado, ¿no? Se le nota en su expresión y en sus ojos... No, amigo, usted no era ni siquiera conocido de May. Sentía especial debilidad por los tipos como usted...

Carella la contempló, sintiéndose poco menos que en ridículo.

—No sé si se burla usted de mí —gruñó—, pero sea como sea quiero encontrar al bastardo que ordenó matar a May. Eso debería ser suficiente para usted.

—No lo es. Ya está la policía buscándolo.

—La policía tiene ya al asesino de May. Lo encontraron junto a ella. Aquel bastardo fue el autor material del hecho, pero el que pagó por el trabajo sigue en libertad. Nadie le conoce. Yo quiero echarle el guante.

Por primera vez, ella dio muestras de cierta inquietud.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Porque el asesino lo dijo, jactándose de ello.

—¡Dios! ¿Se lo dijo a usted acaso?

—Sí.

Virginia dio un respingo. La bata que llevaba se había abierto más de la cuenta y dejaba al descubierto una de sus largas y bien moldeadas piernas hasta el muslo. Carella despegó los ojos de la abertura para fijarlos en su rostro asustado.

—¡Miente! —jadeó—. ¿Cómo pudo decirle eso a usted?

—Porque pensó que iba a poder matarme a mí también. Yo soy

quien le clavó la bala en el cuerpo al asesino de May.

Ella retrocedió un paso como si la hubieran golpeada. Una mirada de espanto aleteó en sus ojos y se quedó allí de manera permanente.

—¡Usted! ¿Usted lo mató?

—Sí, muchacha.

—Pero... pero la policía no sabe quién fue... Le buscan también...

—Eso no tiene la menor importancia. Y ahora, ¿está dispuesta a ayudarme?

—Me gustaría —suspiró, relajándose—. Pero no puedo.

—¿No puede?

—No sé nada —rectificó—. ¿No comprende? No conozco a los amigos de May... no sé nada que pueda ayudarle.

—Deje que sea yo quien decida eso. Para empezar, ¿de qué habló con su amiga cuando la vio por última vez?

—De... de nada en particular. Ella me contó que tenía una cita para esa noche...

—¿Con quién?

—No me lo dijo. Estaba alegre... realmente, hacía mucho tiempo que no la veía tan contenta. Parecía haber sufrido un cambio radical. Incluso pensé que la alegría la rejuvenecía.

—Esa alegría, ¿podía ser debida a la cita que tenía en perspectiva?

—Seguramente.

—¿No le dijo algo que pueda darnos una orientación para saber quién era el hombre que estaba citado con May?

—En absoluto.

—¿Les ha contado eso a los policías que la han interrogado?

—Sí, por supuesto.

—¿Y a los periodistas?

—No... La policía me ha dicho que debía callarlo. Todavía no comprendo por qué se lo cuento a usted.

—Quizá porque empiece a tener confianza en mí. ¿Qué familiares tenía su amiga?

—¿Familiares?

Su voz se cortó. Los grandes ojos azules huyeron de la inquisitiva mirada del hombre como pajarillos asustados.

El insistió:

—Es una cosa que se sabrá públicamente tan pronto adelanten un poco las pesquisas de la policía, de modo que no tiene objeto callarlo ahora. ¿Hay algún familiar de May en la ciudad?

—No sé si debo decírselo; a May no le gustaría...

—¿Qué no le gustaría?

—Que su hermana fuera molestada a causa de esto.

—De modo que una hermana, ¿eh?

Ella asintió con un gesto de cabeza. Seguía sin mirar a Carella, como si temiera que él pudiera sorprender la incertidumbre de sus pupilas.

—May tenía una hermana... aunque apenas se relacionaban. Pero May la adoraba, ¿comprende? Sentía una gran ternura por ella.

—¿Por qué no se relacionaban?

—Eso es mejor que se lo pregunte a la hermana... si la encuentra.

—¡Por supuesto que la encontraré! ¿Cree que no lee los periódicos? En cuanto se entere de la muerte de May correrá a entrevistarse con la policía, los periodistas la cazarán y se hará publicidad alrededor de ella. Entonces la podré localizar, sólo que habré perdido un tiempo precioso...

Ella titubeó, asimilando la lógica de aquel razonamiento. Finalmente murmuró:

—Se llama Alma... Alma Reinhold. Vive en Queens, Union Park, dos, seis, uno...

—Eso está mejor. ¿Por qué no se relacionaban las dos hermanas?

Antes que Virginia pudiera responder, el teléfono entró en actividad y ella se apresuró a descolgarlo, tras dirigir una mirada aturrida hacia Carella.

—Virginia al habla —balbució—. ¿Quién llama?

Escuchó unos segundos. A Carella se le antojó que la chica palidecía cuando susurró:

—¡Oh, es usted!... Sí... ¿Cómo?... Claro, sí... sí.

Cuando colgó lo hizo de manera instintiva, sin fijarse dónde colocaba el auricular. Sus ojos se habían entrecerrado y parecía encontrarse a mil millas de allí.

—¿Algún amigo?

La voz de Carella la sobresaltó.

—¿Eh? Oh, sí... un amigo mío. He de reunirme con él... después.

El jefe de «Los Justicieros» se levantó pesadamente.

—¿Está segura de que no puede decirme algo más respecto a May?

—No, nada... ¡Por favor, váyase! He de vestirme y...

—Comprendo. Su amigo.

—Eso es... El estará esperándome.

Frank sonrió, pero sus ojos de color del acero no sonrieron en absoluto. Pensativo, dio un par de vueltas al sombrero entre sus manos. Repentinamente le espetó:

—¿Por qué está asustada, muchacha?

—¿Qué?

—Tiene miedo —remachó él—. No puede ocultarlo. ¿Por qué?

—Está loco... No hay motivo para que esté asustada...

—Quizá no, pero si en algún momento desea ayuda, llámeme... Le daré mi número de teléfono.

—¿Por qué? No lo necesito, créame.

—En ese caso, deme una tarjeta suya para que yo pueda llamarla si se me ocurre cualquier otra pregunta.

Ella se encogió levemente de hombros. Abrió un bolso que había encima de una butaca y hundió su mano en él. Pero repentinamente se inmovilizó y su mano volvió a aparecer sin ninguna tarjeta.

—Espere... Creí que tenía aquí, pero ahora recuerdo que las guardo en la mesita...

Se acercó a un mueble rinconera y cuando regresó junto a Carella traía en la mano una elegante tarjeta blanca con su nombre, dirección y teléfono, impresos en relieve.

—Gracias —dijo—. Tal vez nos veamos pronto.

—Es posible... Por favor, ahora he de vestirme...

Mantuvo abierta la puerta para que él saliera. Durante unos segundos, Carella se detuvo junto a ella, hundiendo sus ojos inquisitivos en aquellas pupilas azules, profundas como un lago, pero veladas por el temor a algo que él no lograba explicarse. Luego, hizo un ademán de despedida y abandonó el apartamento.

Lentamente, Virginia Auburn cerró la puerta y durante unos segundos no se movió. Oyó los pasos de su visitante que se alejaban

y estuvo escuchándolos hasta que se desvanecieron. Entonces se estremeció, cruzando los brazos como si sintiera frío.

Con pasos lentos, anduvo hasta el dormitorio, donde se despojó de la bata, dejando su cuerpo juvenil al descubierto, hasta que empezó a vestirse con ademanes nerviosos, como si le hubiera entrado una repentina prisa.

Veinte minutos más tarde, salía a la calle envuelta en un elegante abrigo de pieles.

CAPÍTULO IV

OTRA BELLA MUJER

El taxi se detuvo ante un edificio de apartamentos de Madison Avenue, a la altura de la Calle 110 Este. Había una elegante marquesina que se extendía por la acera desde la puerta de acero y cristal.

Virginia Auburn se apeó del taxi, abonó el importe de la carrera y atravesó la acera, empujó la puerta y desapareció en el interior. No se fijó en el coche que se había detenido a poca distancia del taxi, ni en Frank Carella cuando descendió del auto para seguirla dentro del edificio.

Llegó a tiempo de ver cómo uno de los cinco ascensores se ponía en marcha. Luego se encaminó hacia el mostrador curvo, tras el cual se aburría un uniformado portero.

—¿Se ha fijado en la muchacha que acaba de entrar? —preguntó.

El hombre le estudió con detenimiento.

—Si —dijo.

—¿La conoce?

—No.

—¿Sabe a quién visita?

—No.

Carella se echó el sombrero hacia atrás.

—No es usted muy comunicativo, ¿eh?

—No me pagan para que chismorree.

—¿Para qué le pagan entonces, hermano? Y, lo que es más importante, ¿le pagan lo suficiente?

El tipo entrecerró los ojos.

—Nunca es suficiente lo que le pagan a uno —gruñó—. Y ahora,

si no tiene nada más que hacer aquí...

—Se me ocurre que tal vez aceptase usted un aumento esporádico de su sueldo.

—Si quiere darme dinero a cambio de informes pierde el tiempo. Me quedará con el dinero pero no le diré nada. Éste es un edificio de lujo, ¿sabe usted? La gente que vive aquí es importante. No admiten que se hable de ellos.

—Ya veo. Okey, opino que debería pedir que le aumentasen el sueldo...

Giró sobre los talones y volvió a la calle, donde el frío aire húmedo del río le azotó el rostro. Un cielo encapotado y gris entristecía el ambiente. Carella volvió a su coche, pero antes de ponerlo en movimiento estuvo reflexionando unos segundos. Luego, lo abandonó otra vez y anduvo casi hasta la siguiente esquina, donde había una farmacia. Se encerró en la cabina telefónica y comunicó con su apartamento.

Le respondió la voz de Peter Brett.

—Necesito que te reúnas conmigo inmediatamente, Peter —le espetó sin rodeos—. Deja todo lo que estés haciendo. ¿Ha regresado alguno de los demás?

—Nadie.

—Está bien.

Le indicó dónde se encontraba, colgó y volvió al auto.

Diez minutos más tarde, Brett estacionaba el suyo al otro lado de la avenida, cruzaba la calzada y se reunía con él, sentándose a su lado.

—¿Qué has sacado en claro del asesino? —preguntó Frank, aceptando el cigarrillo que Brett le ofrecía.

Cuando hubieron encendido, éste explicó:

—No he tenido mucha suerte. De momento, se sabe que Charles Gifford estaba fichado en Nueva York. También los federales le conocían por un asunto de drogas. Pero nadie sabe una palabra de quién puede ser su patrón. Acostumbraba a operar solo, y de vez en cuando desaparecía de la ciudad durante una o dos semanas. Luego regresaba y reanudaba su vida como un ciudadano cualquiera.

—Iba a cumplir «encargos» fuera de Nueva York. Un asesino libre, que alquilaba su pistola al que le necesitaba... Va ser muy difícil cazar al que le pagó esta vez.

—Eso es lo que yo he pensado. La policía ha registrado su apartamento sin que hayan podido encontrar nada de interés. Pero esta noche estoy citado con un fulano que parece estar al corriente de algunas cosas interesantes.

—¿Respecto a Gifford?

—Sí.

—¿Quién es?

—Un corredor de apuestas que conocí hace años. Lo que él no sepa del hampa no lo sabe nadie.

—Muy bien, pero hasta que vayas a entrevistarte con él tengo otro trabajo para ti, Peter. Hay una muchacha en ese edificio de ahí enfrente, el de la marquesina...

—¿Es linda?

Carella emitió un gruñido.

—Si —reconoció—. Extraordinariamente hermosa. Rubia, alta y cimbreante. Viste un abrigo de pieles gris y lleva un bolso negro, pequeño y con cierre dorado. Zapatos grises y guantes de piel del mismo color...

—Toda una dama, vaya...

—Ojos azules —prosiguió Carella, pasando por alto el comentario burlón de su compañero—; la reconocerás si no se cambia de ropa, cosa que no creo porque no es ahí dónde está su casa...

—¿Y qué hago cuando salga, la sigo?

—Sí, hasta que puedas apoderarte de su bolso.

—¿Qué?

—Quiero su bolso, Peter. Y pronto.

—Pues sí que... ¿Y si sale acompañada?

—Eso es cuenta tuya. Busca la oportunidad y quítaselo.

—Bueno, imagino que si me pescan con las manos en la masa no me saldrán más de treinta días... por carecer de antecedentes penales... ¿Qué hay en su maldito bolso que lo haga tan interesante?

—Eso es lo que deseo saber precisamente.

—¿Y quién es ella?

—Virginia Auburn.

—Ya veo. ¿La has entrevistado?

—Naturalmente.

—¿Y...?

—Tiene miedo.

—Hay muchas mujeres que tienen miedo hoy en día.

—Déjate de chistes idiotas. Te digo que está asustada.

—¿Es eso todo lo que has sacado de ella?

—También me ha dicho que la muchacha muerta tenía una hermana, que no se relacionaba con ella, pero que la adoraba... y que los tipos como yo eran los que encandilaban a May.

Brett dejó escapar una risita.

—Muchacho —dijo—, no comprendo qué diablos ven en ti, excepto una exhibición de musculatura... Bueno, tendrás su bolso, no te alborotes.

—Cuando lo tengas, espérame en el apartamento si no he regresado.

—¿Tienes alguna idea de lo que esperas encontrar en él?

—No... No concretamente.

—¿Algo más, antes de que vaya a apostarme en mi auto?

—Nada más, sólo que trata de que no te vea. Quizá más adelante debas entrar en contacto con ella. Y ahora, lárgate.

Brett soltó un comentario burlón referente a las ideas de su jefe y amigo y se dirigió a su coche. Carella apartó el suyo de la acera y emprendió el camino de Queens con la esperanza de hallar a la hermana de la muchacha muerta.

Atravesó el East River por el puente de Queensboro, recorrió un par de manzanas, ya en Queens, y entonces cayó en la cuenta de que, entre unas cosas y otras todavía no había desayunado.

Dejó el auto en un aparcamiento vigilado y entró en una cafetería. Engulló un par de emparedados y dos tazas de café negro y aprovechó la pausa para tratar de imaginar una razón por la cual Virginia Auburn pudiera estar asustada. No halló ninguna sólida, como no fuera la impresión por el asesinato de su amiga. Luego pienso que eso no era ninguna razón para semejante temor.

Encendió un cigarrillo, pagó y volvió al coche, más convencido que nunca de que Virginia sabía mucho más de lo que le había dicho.

El 261 de Union Park era una casa de tres pisos, con una tienda de licores en la planta baja. La entrada a los pisos estaba al lado de la tienda. Carella vio un espacio libre para estacionar frente a la

tienda, pero cuando se disponía a maniobrar para introducirse en él, un «Ford» negro último modelo se le coló por el costado derecho casi rozándole el guardabarros y le arrebató el lugar.

Contrariado, Carella echó una mirada indignada a los dos hombres que ocupaban aquel coche. Luego se alejó en busca de otro sitio donde dejar su auto. No lo encontró hasta dos manzanas más adelante.

Retrocedió andando por la acera con las manos hundidas en los bolsillos del ligero gabán que vestía. Dio una mirada al escaparate de la tienda de licores antes de entrar, en la escalera. Allí encontró las tarjetas de los inquilinos, metidas en unos pequeños recuadros de metal.

La correspondiente al apartamento

7-C

estaba a nombre de A. Reinhold. No había ascensor, de modo que subió por las escaleras hasta localizar la puerta que buscaba en el tercer piso. Llamó con los nudillos y aguardó.

No obtuvo respuesta. Volvió a repetir los golpes. Entonces le pareció escuchar un leve roce de pies en el interior, pero tampoco acudió nadie para interesarse por quién llamaba.

Perplejo, Carella aplicó el oído a la madera, sin llamar esta vez.

Pasaron unos segundos de espera, sin que se oyera nada en absoluto al otro lado de la puerta. Frank empezaba a cansarse, y ya se disponía a desistir cuando de nuevo escuchó unos pasos cautelosos moviéndose a cierta distancia de la entrada.

Estaba claro que la muchacha no deseaba recibir visitas. Claro que podía insistir en sus llamadas hasta que ella se cansase de los golpes y acudiera a ver quién era el inoportuno...

En aquel instante escuchó una especie de queja, sin duda lanzada por una voz femenina; era una voz ahogada, como si algo le impidiera lamentarse en voz alta.

Frank arrugó el entrecejo y siguió escuchando.

Instantes más tarde, una voz de hombre masculló con voz contenida:

—Ya debe haberse largado, Smuty... Vamos a acabar con eso de una vez.

—Abre la puerta y asegúrate de que no hay nadie fuera —replicó otra voz más autoritaria. Y añadió—: Yo mantendré quieta a

esta gata...

Carella se puso rígido al captar el significado de aquellas frases.

Como un rayo, su mano desapareció bajo su abrigo y reapareció armada con la «Magnum 389». Oyó los mismos pasos cautelosos que se acercaban y se apretó a un lado del portal.

La puerta giró despacio y una voluminosa cabeza apareció por el hueco. Frank reconoció a uno de los ocupantes del «Ford» que le había quitado el lugar de estacionamiento.

Movió la mano suavemente, de manera que la «Magnum» quedase a una pulgada de la nariz del individuo. Simultáneamente, dio un empujón y abrió la puerta de golpe, haciendo que el desconocido saliera a trompicones, gritando algo que no comprendió inmediatamente.

—¡Quieto ahí, bastardo! —ordenó.

Pero su voz se quebró al distinguir el cuadro que se ofrecía a sus ojos. Otro hombre de parecidas características tenía sujeta a una muchacha de exquisita belleza. Una gran mano velluda le tapaba la boca y le mantenía la cabeza apretada contra el pecho del tipo. La otra mano de éste empuñaba un revólver que apuntaba directamente a Carella.

—Bueno, pichón, suelta la artillería o esa niña aumentará de peso —rió el del revólver—. Después nos ocuparemos de ti... ¡Suelta la pistola! Frank titubeó. Los ojos implorantes de la joven parecían querer decirle algo, quizá su desesperación o su terror...

El individuo que había salido trompicado empuñó también un revólver de cañón corto.

—¡Maldito hijo de perra! —barbotó—. Amenazarme a mí... Voy a volarte la cabeza.

—¡Espera, Hugh! ¿Quieres alborotar a toda la casa?

—¡Pero...!

Carella dijo, todavía con la automática en la mano:

—Bien, ¿quién empieza los fuegos artificiales?

—¡Déjame acabar con él, Smuty!

El aludido se removió, inquieto. La ventaja estaba de su parte, pero no parecía muy satisfecho de cómo se presentaban las cosas.

Con voz titubeante gruñó:

—Voy a contar hasta tres, tipo listo... Si al acabar no has soltado la pistola esta niña pagará el pato... ¡Uno!

Ella comenzó a debatirse débilmente. De repente, sus dientes se hundieron en la mano que la amordazaba y el hombre la apartó lanzando una maldición. La muchacha aprovechó para gritar:

—¡Van a matarme de todas maneras...!

De nuevo la manaza volvió a cerrarle la boca brutalmente. Carella dio un suspiro. El revólver de Smuty estaba apoyado contra el cuello de la chica.

—Está bien —dijo—. No creo que tenga alternativa...

Empezó a bajar el brazo como disponiéndose a depositar la pistola sobre la mesita que tenía cerca. Pero sus ojos de un gris acerado estaban fijos en la cara de Smuty, que asomaba por un lado de la cabeza de la aterrorizada muchacha.

Desde su posición, Hugh empezó a reír de manera desagradable. Incluso bajó el revólver, satisfecho de la victoria.

Pequeñas gotas de sudor aparecieron en la frente de Frank Carella. Sabía que abandonar su pistola significaba la muerte para aquella joven y para él mismo.

La «Magnum» rozó la superficie de la mesita. Smuty enseñó los dientes en una mueca de triunfo.

Entonces, y sin mover apenas la mano, Carella apretó el gatillo en el disparo más difícil de su vida. El potente rugido de la automática estremeció las paredes, hizo tintinear los cristales y borró las facciones de Smuty, arrancándole media cabeza con el terrible impacto del proyectil blindado.

Instantáneamente, Carella se arrojó al suelo, justo en el segundo preciso que Hugh hacía fuego a su vez. La bala rozó los cabellos de Frank mientras caía, pero de nuevo la «Magnum» dejó oír su voz apocalíptica y Hugh fue empujado por la brutal fuerza del impacto. Retrocedió dando tumbos, girando sobre sus pies hasta que se estrelló contra la ventana y los cristales saltaron hechos añicos, junto con los montantes, y el corpachón del pistolero desapareció tragado por el vacío.

Sólo entonces prestó atención a la joven. Seguía en el mismo lugar, con los puños cerrados apretados contra su boca, y miraba frente a sí como si repentinamente se hubiera convertido en estatua. Temblaba y un continuo gemido brotaba de sus fauces agarrotadas.

Frank se levantó de un brinco, guardando la automática. Corrió hacia ella, zarandeándola con violencia.

—¡Vamos, tenemos que salir de aquí! —exclamó.

Ella le miró con unos ojos que parecían muertos. Sin vacilar, él le soltó dos fuertes bofetadas que resonaron sonoramente. Eso rompió la especie de trance en que estaba sumergida y comenzó a sollozar, agarrada a las solapas del hombre que le había salvado la vida.

Se oían voces en la calle, y pasos en la casa, de modo que Carella comprendió que no podía perder ni un segundo. Casi arrastró a la muchacha hacia las escaleras, sin que ella dejase de sollozar.

Pronto se dio cuenta que la confusión era su mejor aliada. Todas las puertas estaban abiertas y la gente gritaba preguntándose unos a otros por los disparos. Cuando ellos dos llegaron abajo empezaban a entrar los que en la calle habían visto caer el corpachón muerto de Hugh, de modo que Carella dejó que el remolino de curiosos les envolviera y, un minuto después, ambos andaban por la acera sin que nadie les prestara atención.

Carella rodeó la cintura de la muchacha con su brazo, sosteniéndola. Sin dejar de aproximarse a su coche, murmuró:

—¿Se siente mejor ahora?

—Sí... Ha sido todo tan horrible...

—Tranquilícese. Ya pasó. Nadie le hará daño mientras esté conmigo.

—Usted... usted los ha matado.

—No me han dejado otra alternativa.

—Pero... usted, yo... ¿por qué huimos? Ellos querían matarme, y luego a usted cuando se ha presentado...

—Sí.

—No comprendo... ¿no es usted policía?

—No.

Ella trató de detenerse, pero Carella ya había abierto la portezuela de su coche y la empujó dentro, yendo a acomodarse él frente al volante.

—No soy policía —explicó, cuando hubo apartado el coche del estacionamiento—. Pero quiero encontrar al asesino de su hermana.

Ella dejó escapar una exclamación. La revelación, hecha de manera tan brutal, casi le hizo perder de nuevo el control de sus actos.

—¡May! —gimió—. ¿Qué ha dicho usted?

—Lo lamento. ¿No ha leído los periódicos?

—Esta mañana no...

—Asesinaron a su hermana anoche. Yo pude acabar con el asesino, pero éste actuó pagado por alguien. Es al instigador del crimen al que quiero cazar, ¿entiende?

—¡Dios santo! Me está diciendo que May está muerta...

—Así es.

Apartó el coche del tráfico, internándose por una calle más tranquila. Entonces dedicó su atención a la pasajera.

Ésta era de tez morena y enormes ojos negros. También era negro su cabello cortado estilo paje, cayéndole graciosamente sobre las orejas.

—No puedo comprenderlo... May muerta, y ahora esos hombres queriendo matarme a mí también... ¿Por qué. Dios mío, por qué?

—Eso quiero averiguar —masculló Carella—. Cuando sepa el porqué de todo esto tendré al responsable en mis manos. Tal vez cuando haya hablado con usted consiga ver un rayo de luz en alguna parte.

—¿Adónde me lleva? —preguntó ella repentinamente.

—A cualquier lugar donde podamos hablar con cierta tranquilidad. ¿Se siente con fuerzas para responder a las preguntas que le formule?

—No lo sé; estoy aturdida, como si de repente me hubieran vaciado por dentro...

Carella condujo el coche internándose por el parque de Cypress Hills. Poco después, lo detuvo en un umbrío recodo, detuvo el motor y volvióse hacia la muchacha.

—Tómese el tiempo que quiera para recobrar la calma —dijo suavemente—. Después hablaremos.

—Dígame cómo murió May.

—¿Cree que es éste el momento más indicado para hablar de eso? Opino que ya está usted bastante trastornada por lo que ha pasado.

—No importa; quiero saberlo... ahora.

Procurando despojar a su relato de todo detalle sórdido, Frank contó lo sucedido la noche anterior junto a los malecones del río. Ella le escuchó con la cabeza inclinada y la mirada perdida en su

regazo.

—¿Comprende ahora por qué acudí a verla a usted? —terminó Carella con voz suave.

—Sí... pero ella no pudo hablarle de mí...

—No. Pero lo ha hecho una amiga de May, esta mañana.

—Pobre May... Vivió equivocada, y cuando tenía la felicidad al alcance de la mano...

—¿De qué está hablando?

—Es una triste historia. ¿Debemos hablar de ella ahora?

—Cada minuto que pasa es una ventaja que damos al responsable de su muerte, ¿no lo comprende?

Ella asintió con un gesto. Las lágrimas seguían agolpándose en sus ojos, pero había dejado de sollozar y daba la sensación de debatirse entre un cúmulo de dudas y temores.

De repente murmuró:

—Quiero saber quién es usted...

—Frank.

—¿Cómo?

—Es todo lo que puedo decirle de mí. Llámeme así y todo irá bien, Alma.

—Pero no es policía, y sin embargo va armado, y no duda en luchar contra criminales también armados... y dice que quiere encontrar al que mandó asesinar a May. ¿Por qué? ¿No comprende que estoy aturdida? Si supiera a qué atenerme con usted...

—Confíe en mí. Es cuanto puedo decirle.

Ella levantó la cara y sus ojos negros se clavaron desesperadamente en el hombre que a su lado parecía infundirle calor y protección.

No pudo evitar pensar que jamás había visto a otro hombre semejante. Tan duro, fuerte y sin embargo con la elasticidad de una pantera. Y aquellas facciones que parecían cortadas en piedra, de expresión amarga, con unos ojos helados y grises, despiadados como sus acciones, y sin embargo, cálidos cuando ella los miraba, acariciantes...

Repentinamente, se relajó. De manera instintiva se acercó más a él, recostándose en el respaldo. Cerró los ojos y susurró:

—Confío en usted. No sé por qué, pero sé que nunca podría dañarme. Ahora, dígame por qué persigue a esos criminales.

—Porque de la misma manera que segaron la vida de su hermana están dispuestos a seguir matando —gruñó Carella hablando entre dientes, con voz cortante—. Porque hace años hicieron lo mismo con mi vida...

—¿Esos hombres?

—Otros como ellos. Juré dedicar mi vida a exterminar a esa morralla criminal y despiadada, enfrentándome con ellos con sus mismas armas, con sus mismos métodos y en su mismo ambiente, aunque se ocultasen en el infierno...

¿Basta eso para usted?

Por toda respuesta, ella susurró:

—Pregúnteme lo que quiera... Frank.

Él también se recostó en el respaldo. Encendió un cigarrillo. Ella alargó la mano y se lo quitó de los labios, aspirando el humo profundamente.

Tras encender otro para sí, Carella dijo:

—Me han contado que no se relacionaban usted y su hermana. ¿Por qué?

—Nuestras vidas eran opuestas. May... ella eligió el camino torcido.

—¿Quiere decir que...?

—Es terrible tener que decirlo ahora que está muerta, pero May era una... una cualquiera. Vivía de lo que les sacaba a los hombres.

—Ya veo.

—Por eso nos separamos. Pero yo siempre tuve la esperanza de que volvería a mi lado y cambiaría su modo de vivir...

—¿Por qué ha dicho antes que ella estaba a punto de alcanzar la felicidad?

—Sí... Iba a casarse.

Frank pegó un respingo. Durante unos instantes quedó mudo por la sorpresa.

Ella continuó con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, esperando...

Carella pensó que era demasiado hermosa para estar sufriendo tan intensamente. Se encontró subyugado por la belleza de Alma, como sugestionado por las exquisitas facciones...

Y el silencio reinó dentro del coche.

CAPÍTULO V

MAS TARJETAS

—¿Con quién?

La tardía pregunta resonó en el silencio como un pistoletazo.

—Todo lo que de él sé es que se llama Robert Lander.

—¿Sabía ese Lander la clase de mujer que era May?

—Ella no me dijo eso. Me telefoneó hace dos o tres días para comunicármelo, pero como quedamos en vernos este fin de semana, no fue más explícita... y ahora... ahora ha muerto.

—¿Parecía preocupada cuando habló con usted?

—No, en absoluto. Su voz era la de una mujer absolutamente feliz.

Carella arrojó la punta del cigarrillo por la ventanilla. Luego dijo:

—Si eso es todo lo que puede usted decirme, no creo que hayamos adelantado un solo paso. Y lo sorprendente también es que hayan tratado de eliminarla, si no significa ningún peligro para el que ordenó matar a May. O quizá sabe usted algo comprometedor para él, aunque de momento no se dé cuenta...

—¡Pero no sé nada de eso! ¿No comprende que desconocía por completo las relaciones de mi hermana? Nunca quise saber cuáles eran sus amigos, ni quiénes o qué eran, en realidad, los odiaba con todas mis fuerzas.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Hace mucho tiempo...

—¿Meses, años tal vez?

—Ocho o nueve meses, quizá más.

Carella no pudo ocultar un gesto de contrariedad.

—Creo que eso es cuanto quería preguntarle, Alma. ¿Qué piensa

hacer ahora?

—No lo sé. ¿Cree que debo volver a mi apartamento?

—La policía estará loca buscándola para interrogarla sobre la muerte de los dos criminales... Es un mal trago que debe pasar más pronto o más tarde.

—Pero si me preguntan no podré ocultar que usted me salvó la vida. Me obligarán a decírselo.

—No debe esperar a que la obliguen —decidió Carella—. Cuénteles la verdad.

—Pero...

—Dígales todo lo que sucedió, y lo que hemos hablado. Puede incluso revelarles que yo le he confesado que maté al asesino de May.

—Me desconcierta usted a cada instante, Frank... ¿No teme que le persigan más encarnizadamente después de eso?

—No me preocupa. Es más, deseo que lo sepan, porque sabiéndolo ellos lo sabrán también los periódicos y publicarán la historia con todo detalle. No cabe duda de que el responsable de la muerte de May lo leerá... que a fin de cuentas es lo que pretendo.

—Bueno, me costará un gran esfuerzo, pero creo que conseguiré salir con bien de esa prueba. Y a usted... ¿volveré a verle alguna vez?

—¿Quién sabe?

—Lo deseo, ¿comprende?

Él la miró tratando de sonreír. No lo consiguió. Parecía como si sus ojos hubieran olvidado la manera de hacerlo.

—Para mí también será un placer verla otra vez.

—¿Lo dice de veras?

El asintió con un gesto. Después añadió:

—No olvide exigir al oficial encargado del caso que le asigne un par de agentes para su protección. Pueden atacar de nuevo contra usted, ¿entiende?

—Sí, lo haré.

—¿Quiere que la lleve de vuelta a su casa?

—Tomaré un taxi...

Él se inclinó por delante de ella para abrir la portezuela. Al hacerlo, un ramalazo de aire frío entró en el coche. Alma se estremeció.

—Adiós, pequeña...

—Adiós, Frank...

Estuvieron mirándose fijamente unos instantes. Luego, ella levantó la cara y le besó suavemente en los labios.

—Gracias —susurró cuando dejó de hacerlo—. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

Se apeó y ella misma cerró la portezuela, pero continuó mirando a Frank a través de la ventanilla con una expresión indefinible en su rostro.

Él le sonrió, puso el auto en marcha y se alejó de ella perdiéndose en un recodo del camino.

Cuando llegó al apartamento, Peter Brett ya estaba allí, cómodamente instalado en el diván, fumando y con un vaso de *whisky* al alcance de la mano. Sobre la mesa, al lado de la botella, había un bolso negro de mujer.

—¿Fue difícil? —indagó Carella, tomándolo.

—No. Te apuesto a que ella pensará que lo ha dejado olvidado en alguna parte.

Frank dio vueltas al bolso entre sus manos.

—¿Lo has abierto?

—Si —dijo Brett—. Pero si esperas encontrar grandes cosas en él mejor será que vayas haciéndote a la idea de que hemos perdido el tiempo.

Carella abrió el bolso y vació su contenido en la mesa. Ni siquiera se fijó en las chucherías de oro que se desparramaron ante sus ojos. Su mirada cayó sobre el pequeño montoncito de tarjetas azules que aparecieron. Tomándolas, las examinó una a una.

Contenían un número de teléfono impreso con números de oro en una esquina.

Brett gruñó:

—Ya imaginaba que era eso lo que andabas buscando, sólo que esperaba convencerme. ¿Crees que hay alguna relación entre esas tarjetas azules y las amarillas que llevaba la muchacha muerta?

—Estoy seguro. Éste es el teléfono de Virginia, sin duda.

Para estar seguro, lo comprobó por la guía, buscando la dirección de la muchacha rubia.

—En efecto —exclamó—. Aquí está.

—¿Y también puedes elaborar una teoría que explique su

significado?

Carella levantó la mirada. Sus ojos chispeaban.

—Si no lo ves es que el *whisky* te ha atrofiado el cerebro, muchacho...

Peter asintió con una mueca.

—Prostitución organizada —gruñó.

—Ajá. Call-girls. El más sucio y sórdido negocio que existe.

Tras una pausa, Brett sugirió:

—Quizá estamos levantando un castillo de naipes, Frank. No cabe duda que esas tarjetas servían para dejarlas a sus «clientes»... pero quizá se limita el asunto a esas dos chicas. Eran amigas. Las dos estaban bien instaladas...

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez era un «negocio» privado, si entiendes lo que quiero decir. A fin de cuentas, hay «muchachas del teléfono» que trabajan por su cuenta y tú lo sabes.

—Posiblemente, pero si es así, ¿por qué la mataron?

—Regístrame. Sólo Dios sabe la clase de embrollos en que se meten esas chicas.

—¿No?

Brett levantó la cabeza.

—¿No qué?

—Hay algo más. Han intentado asesinar a la hermana de May. Y a mi otra vez.

—¡Diablos!

Peter se levantó de un brinco. Carella hubo de contar su aventura, y al terminar su compañero gruñó:

—De manera que has cazado a dos matarifes más. Si seguimos así, el hampa tendrá que empezar a fabricar pistoleros artificiales para surtir sus necesidades. ¿Sabes quiénes eran?

—Todo lo que sé de ellos es que se llamaban Smuty y Hugh. No me entretuve en averiguaciones después del tiroteo que se armó.

—Por supuesto, no podías perder tiempo esperando a la policía. Pero ahora esa chica podrá contarles lo sucedido y te verás metido en un lío de campeonato. ¿Has pensado en eso también?

—Seguro. Le he dado instrucciones precisas para que lo cuente todo. Quiero tener cierta clase de publicidad, sólo para inquietar a nuestro hombre.

—Lo malo será que se inquiete el «viejo».

—¡Al diablo con él! Si hay una organización que explota ese podrido negocio quiero saberlo.

—Está bien, no la tomes conmigo ahora. Seguiremos adelante. A fin de cuentas, llevábamos demasiado tiempo sin hacer nada. Yo me entrevistaré esta noche con el corredor de apuestas. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Me preguntó interrumpió cuando un pensamiento terrible pasó por su imaginación. Brett esperó pacientemente, seguro de que al final Frank hablaría.

Y lo hizo como si hablara consigo mismo.

—Me pregunto cómo se les ocurrió ir a matar a Alma precisamente esta mañana, en pleno día y minutos antes de que yo llegara al domicilio de la muchacha... No es ésa la manera de actuar de los pistoleros. Durante el día permanecen inactivos por lo general.

—Urgencia, diría yo.

—Seguro, pero ¿por qué una urgencia tan súbita?

—A eso no puedo contestarte.

—Quizá pueda hacerlo yo. Y si acierto, cierta dama va a tener más disgustos de los que imagina.

Peter lanzó un gruñido de comprensión.

—¿Estás pensando en la hermosa Virginia? —indagó.

—Eso es. Recibió una llamada telefónica mientras estaba hablando conmigo. Se alteró visiblemente al reconocer a su comunicante Después, salió a toda prisa para reunirse con alguien del edificio al que la seguí. Quizá allí la obligaron a revelar lo que habíamos hablado... A propósito, ¿salió sola después?

—No; la acompañaba un hombre joven. Se dirigieron a un bar, y allí fue donde le escamoteé el bolso.

—¿Qué hicieron luego?

—No aguardé a verlo. Tan pronto tuve el bolso en mi poder me largué de allí sin perder más tiempo.

—Lógico... pero me gustaría saber quién era su acompañante.

—Bueno, puedo instalarme ante el edificio y esperar a que salga otra vez.

—Hazlo, pero a la noche olvídate de él y dedica tu tiempo al corredor de apuestas. Lo que él puede decirte puede ser interesante.

—Okey, pero si Johnny o Lin regresan a tiempo podrían relevarme, ¿no te parece?

—¿Y cómo reconocerían al tipo?

Brett farfulló un juramento y se dispuso a salir.

—De todas formas —dijo—, hasta la noche ya sabes dónde encontrarme.

Abandonó el apartamento sin más aclaraciones. Al quedar solo, Carella se dejó caer en el diván, con las tarjetas azules en la mano y una mirada brillante en sus ojos de hielo.

CAPÍTULO VI

CARELLA SE INFORMA

Los periódicos de la noche voceaban la muerte de los dos pistoleros y las declaraciones de Alma en grandes titulares. Y con tipos de letra no menos grandes, la mayoría de ellos se preguntaban quién era el desconocido que tan oportunamente había surgido del misterio para terminar a tiro limpio contra los representantes del hampa organizada.

Después de leerlos, Carella los arrojó a la papelera. Las cosas estaban saliendo tal como él había calculado, pero le enervaba la inactividad forzada de aquellas horas.

Entonces llegó Johnny Rugolo y Frank se animó visiblemente.

—Cuéntame —dijo.

—No hay mucho que contar, según mi opinión. May Reinhold tiene una hermana. Es su único pariente...

—Ya conozco a la hermana —le atajó Carella—. De manera que puedes pasar por alto esta parte de tus averiguaciones.

—Pues no hay mucho más. Las dos chicas quedaron huérfanas relativamente jóvenes. Vivieron durante unos años en el pueblo, donde May empezó a dar que hablar a la gente. Pronto se hizo el vacío a su alrededor, ya sabes cómo son estas cosas. Entonces, ambas se trasladaron a Nueva York, casi huyendo de los escándalos que la muchacha organizó entre las gentes de su pueblo.

—¿Y la hermana?

—El reverso de la medalla. Estudiaba. Y continuó estudiando después. Según mis informes, en la actualidad es químico. Trabaja en unos importantes laboratorios de perfumería.

—¿Han vuelto al pueblo estos últimos tiempos?

—Alma va allí todos los años. Conservan la casa de sus padres y

la muchacha pasa sus vacaciones en ella. En cuanto a May, sólo ha acompañado a su hermana un par de veces, la última hace unos meses.

—De manera que no has sacado nada.

—Espera... Según un tipo que localicé en un taller mecánico, May estaba en algún lío hace cuatro o cinco días.

Carella se enderezó de golpe al oír eso.

—Sigue —dijo interesado.

—Ese fulano estuvo en Nueva York para un asunto de negocios. Pasó aquí la noche y quiso aprovecharla para divertirse un poco, con tan buena fortuna que se metió en el «Sickles Club», ese *cabaret* de la calle Treinta Oeste. Y allí estaba May, un poco bebida, pero no tanto que no reconociera a su viejo conocido.

—¿Y qué pasó?

—El trató de pasar la noche con ella, recordando los viejos tiempos, pero May se negó en redondo a acompañarle. Le dijo que las cosas habían cambiado y que mejor haría apartándose de ella si no quería meterse en un lío. Le recomendó que no diera a entender que se conocían de tanto tiempo, para que nadie se diera cuenta de su amistad. Tras esto, le dejó plantado y se dirigió a una mesa ocupada por dos hombres, con los que se acomodó.

—Ese tipo debió llevarse un desengaño, ¿eh?

—Todavía no ha podido olvidarlo. Pero asegura que ella estaba asustada y que los dos hombres con los que se reunió la chica le dirigieron algunas miradas que no le gustaron nada.

—¿Le preguntaste si podría reconocerlos?

—Seguro. Dice que sí. Uno era joven y bien parecido: el otro tendría sus buenos cuarenta y cinco años y tenía una manera de mirar que daba escalofríos. Ésa ha sido la descripción que el fulano me ha hecho.

—Quizá necesitemos su ayuda más adelante.

—¿Crees que para entonces ya estaba amenazada?

—A juzgar por lo que ella le dijo, no. Más bien temía por él, si te detienes a pensarlo, y eso se presta a muchas suposiciones. ¿Nadie en el pueblo sabía que ella iba a casarse?

—¿May Reinhold? —se asombró Johnny.

—Sí.

—No, nadie me ha hablado de eso. Me pregunto quién era el

hombre que se disponía a cargar con ella.

—Sé su nombre, y he localizado su dirección en la guía telefónica, pero antes de ir a verlo quiero reflexionar un poco más sobre este embrollo.

—Y la hermana, ¿qué tal es?

—Un encanto de mujer. Pero ¿no has leído los periódicos de esta noche?

—Todavía no, ¿por qué?

—Ahí los tienes, échales un vistazo.

Rugolo sacó los diarios de la papelera y leyó las sensacionalistas informaciones. Enarcó las cejas al comprender el significado de todo aquello.

—Ese Frank de que habla esa chica...

—Yo, naturalmente.

—¿Por qué querían despacharla también?

—No lo sé. Ni ella tiene la menor idea. Quizá, sin que lo sepa ella misma, sabe algo comprometedor para alguien...

—Y ella, ¿no sospecha la razón de que quieran matarla?

—En absoluto.

—Pues sí que es una situación como para echar las campanas al vuelo...

—Voy a interrogar al novio de May —decidió Carella de repente, levantándose—. Quédate aquí por si hay alguna llamada de Peter. Si regresa Lin dile que espere, quiero hablar con él.

—De acuerdo, Frank.

Pero Lin Burke llegó antes que el jefe del grupo hubiera salido, de manera que Carella se quedó para escuchar el informe del recién llegado.

—Realmente —explicó—, la historia de tu muchacha es como la de tantas otras que han seguido su camino. Supongo que a estas horas ya sabes la clase de vida que era la suya...

—Estoy enterado, y después de leer los periódicos, cualquiera que sepa entender las metáforas de los reporteros también lo estará.

Burke dejó escapar un gruñido y prosiguió:

—Bien, May era una muchacha más bien retraída que no ligaba fácilmente amistades con otras chicas. Sólo esa Virginia Auburn y alguna otra, pero pocas.

—¿Eso es todo?

—Ya te he dicho que no había mucho que contar. Es una historia vulgar y sórdida.

El teléfono les interrumpió. Carella atendió la llamada, oyendo la voz de Brett con su tono característico.

—Estoy pegado al tipo, Frank —anunció—. Pero se acerca la hora de mi cita. ¿No tienes a ningún otro para tomar mi puesto?

—Seguro. ¿Dónde estás?

—En el «Nautilus», frente al «Chrysler Building». Mi hombre está en la barra y no parece tener mucha prisa en largarse.

—Está bien, Johnny irá a tu encuentro, Peter. Indícale al hombre y vete a entrevistar al corredor de apuestas. Si sale antes que llegue Johnny síguelo y telefonea a la menor oportunidad.

—De acuerdo.

Rugolo se había levantado y tan pronto Carella le dijo de qué se trataba salió apresuradamente. Frank dijo, cuando quedaron solos él y Lin Burke:

—Tú puedes quedarte aquí por si Peter llama otra vez. Si Johnny no los encuentra llamará a intervalos para saber el nuevo paradero de Brett y su perseguido.

—Conforme, Frank...

Carella abandonó el cálido apartamento para encontrar el frío de la calle mucho más molesto que de ordinario. O quizá fuera que su humor se había agriado con los recientes sucesos...

Cuando puso el coche en marcha iba elaborando mentalmente un plan conveniente para abordar al que fuera novio de May.

CAPÍTULO VII

UN HOMBRE IRASCIBLE

Robert Lander era un hombre casi tan alto como Carella y tenía la constitución de un deportista en activo. Unos ojos pequeños y vivos escrutaban francamente a su visitante con una expresión poco amistosa.

—No veo que eso le importe absolutamente nada —espetó apretando los dientes.

Carella no deseaba perder tiempo con inútiles discusiones. Dijo:

—Por lo que presumo, los reporteros todavía no han descubierto su existencia, Lander. Y es muy probable que no la descubran nunca.

—¿Y?

—Yo podría orientarlos hacia usted, despertando tanto interés que le caerían encima como una manada de lobos hambrientos. ¿Qué le parecería eso?

—Empiezo a pensar que está buscándose un buen puñetazo en los dientes... Pero entiendo que no es usted periodista a juzgar por su manera de expresarse.

—No lo soy.

—Ni policía.

—Ya se lo he dicho antes.

Robert Lander tragó aire impetuosamente. Su pecho se abombó al tiempo que su actitud se volvía más belicosa.

—Entonces, sea quien sea, lárguese antes que le eche de cabeza a la calle.

Carella avanzó resueltamente hacia un teléfono que había sobre una baja mesita. Descolgó el auricular y comenzó a marcar un número.

Con un rugido, Lander dio un salto felino. Carellaladeó el cuerpo y esquivó el tremendo puñetazo del enfurecido exnovio de May. Luego, apenas sin mover el cuerpo, descargó un terrible derechazo al plexo solar de su antagonista.

Fue un freno eficaz. Robert Lander abrió la boca como un pez fuera del agua. Engarfió las manos sobre el lugar machacado y, tambaleándose, retrocedió unos pasos. Carella masculló:

—Por ese camino se hará daño, Lander. Cuando yo quiero hablar con alguien lo consigo. ¿Debo llamar a los reporteros, o seguimos peleándonos para que entre en razón?

—¡Usted... bastardo...!

—Decídase.

El dueño del apartamento luchó para tragar aire. El dolor le mantenía encorvado. Estaba pensando que jamás le habían golpeado con semejante dureza y se dio cuenta de que el desconocido estaba dispuesto a llegar a cualquier extremo para obtener lo que deseaba.

Dominando su ira, se dejó caer sentado en una butaca, desde donde miró con ojos relucientes a Carella. Luego farfulló:

—Hable. Pero antes de que salga de aquí ajustaremos cuentas.

—Tal vez no. ¿Cuándo vio a May por última vez?

—Primero dígame qué infiernos persigue usted, si no es reportero ni policía. Me desconcierta. No logro encasillarlo.

—¿Ha leído usted los reportajes sobre su muerte? —preguntó Carella a su vez.

—Sí...

—Yo soy el hombre que mató al asesino de May. Los periódicos de hoy me llaman Frank.

—¡Usted!

Lander se levantó de un brinco, olvidándose del dolor y la humillación sufrida. Se olvidó incluso de su antagonismo y miró a Carella como si sólo entonces empezara a verlo.

—¿Cambia eso las cosas, Lander?

—¡Por supuesto que las cambia! —exclamó—. Debíó empezar por ahí... Frank, o como se llame.

—Okey, entonces ya hemos perdido demasiado tiempo. ¿Cuándo vio a la chica por última vez?

—El día antes... Ella estaba terriblemente nerviosa.

—¿Le dijo los motivos de ese nerviosismo?

—No... Insistí, casi regañamos. Pero no conseguí más que evasivas. Ahora me doy cuenta que ya debía saber que la amenazaba un terrible peligro... Si se hubiese confiado a mí...

—No puede usted reprocharse nada. Ella estaba sentenciada a muerte y nada ni nadie podía salvarla... excepto yo, si hubiera disparado de otra manera. Pero ahora no se trata de eso, sino de averiguar quién ordenó matarla. Ése es el hombre que interesa... porque igual que mandó eliminar a May ordenará matar a otras muchachas como ella.

Lander titubeó. Después pareció decidirse y murmuró:

—Usted debe estar preguntándose cómo me enamoré de ella sabiendo la clase de vida que llevaba...

—De modo que lo supo usted después de todo.

—Sí...

—¿Cuándo?

—Hacé unos dos meses... Conocí a May en un estreno teatral. Estaba sola y simpatizamos. Más adelante supe que aquella noche se había marchado de su apartamento como hacía muchas veces, para eludir los compromisos impuestos por quienes manejan ese infame negocio.

Apretó los dientes salvajemente y su voz se extinguió. Carella le miró con simpatía. Comenzaba a variar su anterior opinión de aquel hombre.

—Siga —le animó.

—Después de aquella noche seguimos viéndonos, casi a diario. Yo notaba ya en ella una actitud que no era natural. Pero también empezaba a enamorarme de May, ¿comprende? No era una muchacha como las demás. Tenía un concepto amargo de la existencia, daba la impresión de que, para ella, la vida no era más que una sucesión de desventuras. La acosé a preguntas, pero no obtuve nada positivo. Entonces...

De nuevo, su voz se extinguió. Carella aguardó pacientemente. Sabía que, una vez roto el dique de su resistencia, el hombre daría rienda suelta a sus recuerdos, a su amargura...

Y así fue, por cuánto Lander prosiguió:

—Una noche estábamos bailando en un club nocturno cuando noté que se ponía rígida. Al mirarla a la cara la vi pálida y asustada.

Comprendí que debía haberla asustado la presencia de alguien determinado, pero no vi a nadie que se interesara particularmente por ella. Decidí que ya era hora de decirle lo que me torturaba a mí también, de modo que al regresar a la mesa le pregunté si quería casarse conmigo... cuanto antes, al día siguiente si ella aceptaba...

—¿Y qué replicó?

—Nada. Se echó a llorar.

—Ya veo.

—La saqué del club y anduvimos más de una hora apenas sin cruzar una palabra. Luego, de repente, ella empezó a hablar...

—¿Y le contó su situación?

—Sí. No trató de disculparse ni de dorar la píldora, ¿comprende? Habló con voz rota por los sollozos contenidos, pero me dijo la clase de vida que llevaba. Creí que un rayo acababa de partirme por la mitad... Ella acabó y se despidió. Pensaba que ya no volvería a verla más...

—¿Y qué sucedió entonces?

—No recuerdo exactamente los minutos que siguieron. Yo estaba anonadado, pero algo en mi interior se revelaba contra la idea de no volver a verla. Además, me había impresionado su lealtad, su franqueza para conmigo, una franqueza que le costaba un raudal de lágrimas...

—¿Y...?

—Cuando reaccioné repetí mi pregunta. Le propuse una vez más que se casara conmigo...

—Y ella, ¿aceptó?

—No inmediatamente. Dijo que quería darme tiempo para reflexionar con calma. Temía que aquello fuera producto del instante de tensión que vivíamos, de modo que exigió que me tomara unos días para reflexionar. Eso acabó de convencerme de que había mucho de bueno en ella, de modo que a los dos días la llamé por teléfono y seguí adelante. Sólo entonces me aceptó.

—¿Le habló de la organización que la explotaba?

—Sólo vaguedades. No cabe duda que tenía miedo. Dijo que había hombres peligrosos complicados... y otros de tal influencia que ni siquiera la policía podría hacer nada, suponiendo que alguna de ellas se atreviese a recurrir a la Ley. Estaba segura que los hombres que dirigían el infame trato pertenecían a las más altas

esferas de la nación.

—Pero no sabía quiénes eran...

—No, ninguna de las muchachas cazadas en ese coto vil y abyecto sabía quién dirigía el negocio. Sólo habían visto alguna que otra vez a uno de los matones de la organización, un hombre llamado Hugh.

—¿No conocía el apellido de ése por lo menos?

—No... o por lo menos no lo mencionó.

—No adelantamos mucho por ese lado... En definitiva; acordaron casarse, ¿no es cierto?

—Sí. Prácticamente, ella no había vuelto a recibir a nadie en su apartamento desde antes de nuestro encuentro. Pero a medida que pasaban los días y adelantaban los preparativos de la boda ella demostraba también más temor.

—Había razones para que tuviera miedo. Recuerde cuando la vio por última vez. ¿De qué hablaron?

—De lo de siempre. Hicimos proyectos y todas esas cosas.

—Pero ella estaba asustada...

—Sí.

—¿No se le ocurrió a usted recurrir a la policía?

Lander titubeó.

—Si —confesó—. Pensé hacerlo. Pero ella pareció volverse loca de terror cuando se lo propuse. Dijo que la organización tenía muchos policías en sus nóminas, y que los influyentes jefes conocían al día cualquier cosa que ocurriera en la Central de policía y que pudiera poner en peligro su seguridad. De manera que desistí.

—Comprendo...

—¡Esos hijos de perra! —estalló Lander de repente—. Si pudiera ponerles la mano encima aunque sólo fueran cinco minutos...

—No durarán mucho —gruñó Carella fríamente—. Resumiendo, ustedes decidieron seguir adelante con su proyectado matrimonio, ¿no es así?

—Efectivamente. Mi amor por ella era sólido, y puede que interviniera también un poco de compasión y orgullo, mezclados, ante la posibilidad de redimirla...

—Con todo lo cual la condenó usted a muerte.

Lander dio un respingo.

—¿Qué demonios...? —estalló.

—La condenó a muerte al tratar de redimirla, Lander —repitió Carella con calma—. Una organización de estas características no puede tolerar que sus desgraciadas pupilas sientan ansias redentoras. Corren el riesgo de que, si se apartan del redil, hablen más de la cuenta. Además, si a una le sale bien, su ejemplo puede contagiar a otras muchachas, con lo cual sus ingresos se tambalean. Por eso ordenaron matar a May; para evitar que al sentirse nuevamente una mujer honrada contase a nadie lo que sabía, y para que su ejemplo no diera al traste con su imperio criminal. Matándola han advertido a todas las demás de lo que les aguarda si sienten veleidades de ama de casa. ¿Lo comprende ahora?

—Sí...

Carella hizo un gesto de impaciencia.

—Muy bien, manténgase en un anonimato absoluto. No le conviene atraer la atención de esos pistoleros. En cuanto a vengar a May y las demás desgraciadas como ella, déjelo de mi cuenta.

Lander le detuvo cuando se disponía a abandonar el apartamento.

—Un minuto, Frank... ¿Quién o qué es usted?

Carella hizo una mueca que muy bien pudo haberse convertido en sonrisa, si hubiese sentido deseos de sonreír.

—Sería muy largo de contar, amigo. Quizá pueda enterarse a través de los periódicos en los próximos días.

Estupefacto, Lander no atinó a detenerlo, de modo que cuando quiso replicar, la puerta se había cerrado detrás de la maciza figura de Frank Carella.

Pensativo, el hombre estuvo un buen rato inmóvil, tratando de comprender al impresionante jefe de «Los justicieros». Por supuesto, Lander no había oído hablar jamás de esa misteriosa organización dedicada a combatir el crimen con sus mismas armas...

Quizá, como Carella dijera, oiría hablar de ellos en los próximos días. Encogiéndose de hombros, se acercó al mueble bar sintiéndose sediento.

CAPÍTULO VIII

EL TROPIEZO DE JOHNNY

Impaciente, Peter miró una vez más la puerta de la calle. Después, echó un vistazo al hombre que perseguía y lo vio acodado en el mostrador en una actitud pensativa, como si estuviera reflexionando sobre algo desagradable. Delante de él, el vaso en que bebiera estaba ya vacío. No tardaría mucho en salir del establecimiento.

En aquel momento, Johnny Rugolo cruzó la entrada y Peter respiró con alivio. Levantó una mano para llamar su atención.

—Creí que no ibas a llegar nunca —gruñó—. El tipo es el quinto de los que hay en la barra, contando desde la izquierda.

Johnny dirigió un vistazo al individuo.

—Okey —dijo—. Puedes largarte. No se me escapará.

Peter Brett no perdió tiempo. Levantándose, abandonó el «Nautilus» para acudir a su cita con el corredor de apuestas.

Un camarero tomó el pedido de Johnny Rugolo y éste encendió un cigarrillo, observando discretamente al hombre al que debería seguir como su propia sombra. Era un hombre de unos treinta años, bien constituido y elegante, demasiado elegante a juicio de Johnny, que se fijó en el impecable traje, los brillantes zapatos y la camisa tan blanca como la nieve. No podía verle el rostro, pero se imaginó unas facciones más o menos correctas de expresión vacua.

El camarero le trajo el *whisky* pedido, cobró y se fue. Johnny bebió a pequeños sorbos mientras su mente no cesaba de dar vueltas sobre el caso que tenían entre manos. Por mucho que pensaba en él, no comprendía del todo la importancia que Carella le daba. Naturalmente, si uno se detenía a pensar que habían asesinado a una mujer delante de las narices del propio Frank, la

cosa adquiriría otra dimensión, puesto que eso, y precisamente en aquella condenada noche, era mucho más de lo que el jefe del grupo podía encajar sin estallar como una granada.

En aquel momento, el hombre al cual vigilaba saltó del taburete y Johnny pudo verle la cara. Y se dio cuenta de cuánto se había equivocado al imaginarle las facciones, puesto que eran de una rara perfección, y no había en ellas una expresión vacía, sino que delataban inteligencia y crueldad a un tiempo, quizá debido a la agresiva barbilla y al brillo inusitado de sus ojos extrañamente claros. Pensó que las mujeres debían hacer toda clase de cosas por un hombre como aquél.

Apuró el *whisky* y esperó a que el desconocido se alejara hacia la salida antes de ponerse en movimiento.

Anduvieron uno detrás del otro más de cinco minutos. El perseguido daba la sensación de no tener prisa, como si estuviera dando un paseo.

Más, poco más tarde, su paso se hizo más vivo. Johnny pensó que seguramente había ya decidido el lugar al que tenía que dirigirse. Extremó las precauciones y siguió pegado a su hombre como una sombra.

El hombre se dirigió sin vacilar a la estación del «metro». Minutos más tarde, él y Johnny viajaban rumbo al sur de Manhattan. En ningún momento, el perseguido dio muestras de inquietud o de haber descubierto que era seguido.

Se apeó en la estación Franklin y West Broadway, siempre con Johnny pegado a sus talones. Luego, anduvo resueltamente hasta la esquina de la calle Worth y allí se detuvo el tiempo de encender un cigarrillo.

Johnny comenzó a preguntarse adonde se dirigía el individuo. Aquéllos no eran los lugares que podría esperarse que prefiriera un tipo de su aspecto, no obstante, cuando reanudó la marcha siguió internándose por las estrechas calles desiertas, haciendo más difícil el cometido del perseguidor.

Rugolo le vio al fin doblar la esquina de una calleja apresuró el paso. Cuando la dobló a su vez advirtió que era un callejón sin salida, al fondo del cual se elevaba la negra masa de un edificio parecido a un almacén. También advirtió que su hombre había desaparecido como tragado por la tierra.

Perplejo, avanzó pegado a la pared, silenciosamente. No dudó que había entrado en algún oscuro portal, de los pocos que había en aquel lado de la calle.

Estaba calculando los riesgos de probar todas las puertas, cuando algo duro e inconfundible se apoyó en su espalda y una voz fría y calmosa ordenó:

—Muy bien, fisgón, sigue adelante. Esto es una pistola.

Inmediatamente, el atacante debió dar un paso atrás, porque el contacto desapareció de la espalda de Rugolo. Eso demostró a este que no se trataba de un inexperto en semejantes lides. Se había puesto fuera de su alcance, por si intentaba sorprenderle girando violentamente.

Sin embargo, Johnny quiso ver las oportunidades que le quedaban. Volvió la cabeza y gruñó:

—¿Qué demonios es eso, un atravo?

El hombre que le había sorprendido emitió una seca risita.

—Será algo peor si no coloca las manos detrás de la nuca y anda derecho hasta el fondo del callejón...

A juzgar por la complexión y el tipo del hombre de la pistola, se trataba del mismo a quién había seguido. Se maldijo por haber descuidado las precauciones. Igualmente, captó la segura amenaza de aquella voz y supo sin lugar a dudas que el tipo dispararía sin vacilar si le daba motivos para ello.

—Está bien —refunfuñó—. Usted gana... pero se equivoca si cree que llevo mucho dinero. Habrá usted perdido su noche.

—Veremos.

Johnny anduvo despacio, oyendo detrás los pasos quedos de su enemigo.

—Alto ahí —ordenó éste.

Johnny se detuvo. Llevaba las manos apoyadas en la nuca. El callejón estaba oscuro y desierto. A su lado había un portón en una pared de ladrillo que se extendía hasta el final de la calleja.

—¿Y ahora qué? —indagó de mal talante.

—Tómelo con calma... tiene algunas cosas que explicar, compañero...

Se disponía a replicar, cuando un golpe tremendo en la cabeza le derribó de bruces sin un quejido. No llegó a perder del todo el conocimiento, pero se encontró paralizado de dolor, aturdido e

incapaz de moverse durante unos segundos.

No notó siquiera la mano que le registraba apresuradamente, arrebatándole el revólver. Confusamente, advirtió que el portón se abría silenciosamente. Entonces, unas manos fuertes y brutales le arrastraron como un fardo y el portón volvió a cerrarse. Abrió los ojos.

Una bombilla amarillenta alumbraba apenas una vasta estancia abarrotada de bultos polvorientos. Cajas desvencijadas, piezas de coche y dos autos viejos y destartados...

—¿Quién es ése? —preguntó una voz, que se abrió paso: en su aturrida mente.

—Un fisgón... venía siguiéndome los pasos. Habrá que interrogarle para averiguar quién es y para quién trabaja...

Aturdido, se levantó cuando alguien le obligó a hacerlo. Después le empujaron por unas escaleras que se hundían en la tierra. No supo si eran largas o no, por cuánto las descendió como un autómatas hasta desembocar en un sótano con piso de cemento.

—Sigue andando, pichón... vamos a ver si nos divertimos un poco.

Un empujón lo lanzó hacia una puerta de sólido aspecto, que se abrió y Johnny encontrarse en una especie de bodega húmeda y alumbrada por un par de bombillas sin pantalla.

Había algunos muebles viejos y desvencijados. En una de las sillas se encontraba un hombre de tez pálida y ojos de pescado. El tipo enarcó las cejas y graznó:

—¿De dónde habéis sacado a ese pájaro?

—Iba pisándole los talones a Singer. ¿Qué te parece? Además, llevaba un revólver, de modo que no va a poder decir que era un pacífico ciudadano de vuelta al hogar...

—¡Qué les parece! —rió aquel hombre pálido.

—¡Tú, siéntate ahí!

Johnny se derrumbó sobre una silla, que crujió bajo su peso. Entonces pudo ver a los tres hombres a la vez. El que le había capturado, y que habían nombrado como a Singer. El pálido de la silla, y otro de aspecto simiesco, de ojos diminutos, largos brazos y enormes espaldas. Una cabellera corta e irsuta contribuía no poco a darle su aspecto de simio.

—Esto es un atropello —protestó Rugolo—. ¿Qué se han

propuesto con secuestrarme?

—Vamos a pedir un rescate a tu mamá —rió el gorila—. ¿No es cierto, chicos?

Singer dijo de mal talante:

—Queremos saber por qué me seguía. Además, va a decirnos su nombre, y va a decirnos todo esto sin resistencia o lo pasará mal.

—¡Al demonio! ¿Qué creen que es esto, una película de gangsters?

El gorila enseñó los dientes en una mueca. Su largo brazo se distendió con la velocidad de una serpiente y golpeó la frente de Johnny con una fuerza terrible, derribándolo de espaldas junto con la silla.

Se rió y le ayudó a volverse a sentar.

—Voy a divertirme contigo, pichón... Antes que haya terminado estarás pidiéndome por favor que te mate...

—¡Quieto, Hugh! —exclamó Singer—. Primero tiene que hablar. ¿Cuál es tu nombre?

—Johnny.

—¿Johnny qué?

—Johnny, nada más.

Otro golpe salvaje le hizo rodar por el suelo. Sintió el gusto de la sangre en la boca. Empezó a preocuparse de veras, al imaginar que estaba totalmente en manos de aquella pandilla de criminales, sin que Frank ni los otros pudieran sacarle del apuro.

Se arrodilló antes de incorporarse, moviendo la cabeza como un péndulo. La voz de Singer refunfuñó:

—Le aconsejo que colabore, amigo, de lo contrario Hugh le hará pedazos. ¿Por qué me seguía?

—Yo no le seguía.

—¿Hugh?

Intentó esquivar el nuevo golpe, pero sólo lo consiguió a medias. El puñetazo le cazó de refilón y creyó que le había arrancado la oreja a lo vivo. Gimió tratando de dominar el dolor y el aturdimiento. No quería darles a semejantes bastardos la satisfacción de verle rendirse o pedir clemencia.

Una vez más le obligaron a sentarse en la silla. Singer siguió llevando la voz cantante.

—Atalo a la silla, Hugh... Tú, Jerry, trae cuerdas.

En pocos minutos Johnny se vio amarrado a la silla tan sólidamente como si su cuerpo formara parte del mueble. Un continuo zumbido en el cráneo le aturdía. La sangre se introducía en su boca y le daba náuseas. Escupió al suelo. Cuando levantó la cabeza, los tres hombres estaban ante él.

Singer barbotó:

—Creo que tendrás que ablandarlo un poco más, Hugh... sólo lo suficiente para que entre en razón.

—Será un placer, Singer...

El gorila se situó frente a Johnny con los puños como jamones en ristre. Disparó dos golpes cortos, pero demoledores. Rugolo los encajó sin un lamento, sabiendo que estaba perdido y que ya sólo le quedaba demostrar a semejantes bastardos que no se dejaba amilanar fácilmente.

Entonces se abrió la puerta y entró otro individuo de recia contextura. Todos se volvieron hacia él. Singer dijo:

—Caray, Barony, llegas a tiempo de tomar parte en la fiesta...

Le contó rápidamente lo sucedido con su perseguidor. Los ojillos de Barony despedían destellos malignos a medida que escuchaba. Cuando el relato terminó se rascó la nuca, perplejo.

—¿No será ese tipejo llamado Frank? Ése de que hablan los periódicos...

—El dice que se llama Johnny.

—¿Lleva algún documento?

—Ninguno. Sólo llevaba un revólver.

—Entonces tendremos que hacerle entrar en razón, ¿eh?

—Hugh ya ha empezado a domesticarlo —rió Singer.

—Bueno, ahora lo haré yo. Hugh necesita descanso...

Una carcajada general coronó el burlón comentario.

Todavía estaban riendo cuando Barony comenzó a disparar sus puños como si fueran pistones de un motor de explosión. No eran golpes demasiado fuertes, capaces de acabar pronto con su víctima. Eran metódicos, calculados para producir el mayor daño posible sin dejar inconsciente a Johnny, que se creyó morir mil veces mientras el salvaje castigo continuaba sobre todas las partes vulnerables de su cuerpo.

—¿Todavía sigues falto de memoria, pichón? —rió Hugh.

Los ojos tumefactos de su víctima le miraron con tal intensidad

que el pistolero se estremeció.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Barony.

—Johnny...

—¡Mientes!

—Johnny... es mi nombre...

Una nueva sucesión de golpes estuvieron a punto de arrancarle la cabeza.

—¿Cómo, estúpido?

—Johnny...

—¡Maldito seas! ¿Quién te paga?

—Nadie...

Exasperado, Barony perdió el control de sus nervios y disparó un golpe seco de abajo arriba, que cazó a su víctima con tal potencia que le arrebató el conocimiento... Johnny salió volando, en compañía de la silla a la que estaba unido, hasta estrellarse contra la mesa con estrépito.

Hugh comentó:

—Es duro el tipo, ¿eh?

—Está loco... Creo que esta situación se aparta de lo que nosotros podemos manejar por nuestra cuenta...

Barony estaba indeciso, preocupado. Singer dijo:

—¿Por qué no te pones en contacto con ellos, Barony? Después de todo, si este tipo es el tal Frank que liquidó a los muchachos, el asunto escapa a nuestras manos. Ellos querrán interrogarlo personalmente.

—Sí, creo que lo haré... Vigíladlo bien hasta que regrese. Tú, Singer, puedes venir conmigo.

Al quedar solos, los dos gorilas acercaron unas sillas a la mesa, iniciando inmediatamente una partida de naipes. Ninguno de los dos prestó la más mínima atención a su cautivo, inconsciente y sólidamente amarrado a la silla que se había convertido en su potro de tortura.

CAPÍTULO IX

CARELLA SE ENFADA

Después de llamar por cuarta o quinta vez, la puerta se abrió y el rostro furioso de Virginia asomó por la rendija.

—¿Quién diablos se cree que...? —se interrumpió al reconocer al insistente visitante y el color desapareció de su rostro—. ¡Usted!

Carella empujó la puerta sin contemplaciones. La muchacha salió trompicada hacia atrás y no recuperó el equilibrio hasta que él hubo cerrado del todo.

Carella masculló:

—Hay algunas cosas que deseo aclarar con usted, linda...

—¡Marty!

El grito de la muchacha sobresaltó a Frank, quien vio aparecer a un tipo en mangas de camisa y sosteniendo una copa en la mano.

—Vaya, vaya; he venido a interrumpir un dulce idilio...

¿Quién es ese pájaro, Virginia?

En lugar de responder, ésta se encaró con el hombre cuya expresión de asombro resultaba cómica.

—¡Marty, sácalo de aquí... échalo! —gritó.

—Bueno, pero ¿quién es él?

—¡No hagas preguntas! Sólo tíralo por la ventana.

El hombre midió a Carella de abajo arriba. Se dio cuenta de que tirar a aquel gigante por una ventana era algo superior a sus fuerzas y se encogió de hombros.

—No quiero líos —dijo, apurando el resto de licor que quedaba en su copa.

—¡Maldito cobarde! —aulló la muchacha—. Me das asco...

—Bueno...

Giró sobre los talones y desapareció en el interior. Un instante

después volvía a aparecer llevando su chaqueta al brazo. Se detuvo un momento y miró precavidamente al peligroso visitante.

—Tengo cierta posición, ¿sabe? Un escándalo sería fatal para mí, y no creo que valga la pena arriesgarse por una chica de ésas. ¿Me deja pasar, compadre?

Carella se apartó a un lado. Comenzó a reír quedamente. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás del prudente personaje dijo:

—Sus amigos no sienten muchos deseos de luchar por usted, Virginia... ¿Qué tal si ahora se porta con sentido común y me cuenta lo que sucedió después que yo me separé de usted la otra vez?

—¡Váyase al infierno!

Los ojos helados de Carella parecieron despedir chispas de ira mal contenida.

—Escuche —dijo entre dientes—. Cuando la dejé me aposté abajo, con mi coche. Me intrigó que la llamada telefónica la hubiera alterado tanto. Bien, pude seguirla. Usted se entrevistó con cierto individuo. Después, me fui a ver a Alma...

Ella le volvió la espalda. Estaba temblando.

—Justo cuando llegué allí aparecieron también dos pistoleros. Llevaban el encargo de matar a la muchacha.

Yo lo impedí y ellos mordieron el polvo. Debe haberlo leído en los periódicos, ¿no es cierto?

Sin responder, Virginia se internó en el apartamento. Frank fue tras ella, la alcanzó en el saloncito que ya conocía y, sujetándola por un brazo, la obligó a dar la vuelta y enfrentarse con él.

—Usted avisó a los asesinos, nena. Sólo usted sabía que yo me disponía a interrogarla...

—¡No!

—Miente. ¿Por qué lo hizo, por miedo? No quiero creer que actuó por maldad, Virginia, porque si fuera así iba a pasarlo muy mal...

—¡No tiene derecho a hablarme así! Usted es tan asesino como ellos... ¡Déjeme en paz!

—Eso es lo que usted piensa, ¿eh? Muy bien, posiblemente esté en lo cierto, sólo que nosotros matamos a las alimañas salvajes y bestiales que asesinan sin piedad a mujeres indefensas como May...

y como acabarán con usted el día que ya no les sirva. ¿Cree que no sé en la clase de juego que está metida?

Ella le miró con el terror reflejándose en sus pupilas.

El añadió:

—Call-Girls... Tarjetas con un número de teléfono... tarjetas de vivos colores, brillantes. Amarillas las de May, azules las suyas, Virginia... ¿Cuántos centenares de muchachas como ustedes hay en la ciudad? Y... ¿cuántas miles en el país, dejándose destrozar por una pandilla de criminales sin escrúpulos?

Ella retrocedió, aterrada.

Implacable, Frank añadió:

—«Muchachas de teléfono», el viejo truco. ¿Quién le proporciona los «clientes», el bastardo que la acompañó después que yo la dejé, fue él también quien la obligó a revelar lo que sabía respecto a mí?

—No... usted no puede comprender...

—Puedo comprender todo lo que me cuenta mientras sea la verdad. Usted reveló que yo me iba a entrevistar con la hermana de May... ¿No es cierto?

Ella intentó sostener la mirada de aquellos iracundos ojos grises. No pudo hacerlo y abatió la cabeza.

—Sí... —susurró—. Me obligó a hacerlo.

—¿Quién?

—El...

—¿Quién es él?

De nuevo levantó la cabeza.

—¡No me obligue a decírselo! —suplicó—. Me matarán... como mataron a May...

—Nadie sabrá que ha hablado conmigo. Por última vez, muchacha...

Ella se hundió materialmente.

—Michael Singer.

—¿Es quien dirige la pandilla?

—No... Él se encarga de controlar a un grupo de... nosotras.

—Muy bien, ¿quién está por encima de él?

—Ninguna lo sabe... yo no lo sé. Nunca se habla de esas cosas.

—Ahora vamos a hablar de ellas. Sé que hay gente influyente metida en esto, si no fuera así la policía estaría moviéndose mucho

más de lo que se mueve. Alguien está frenándola, alguien lo bastante encumbrado como para poder hacerlo sin levantar sospechas. ¿Quién, Virginia?

Ella hizo un gesto de desespero.

—¿Cree que yo lo sé? Esos hombres no se dan a conocer... tienen a otros que dan la cara...

—¿Singer?

—Singer... pero hay otros...

—Los asesinos a sueldo...

—No sé nada de eso.

—Pero ustedes habrán hablado algunas veces de este asunto, ¿no es así? Las mujeres hablan y hablan de todo lo que les interesa...

Tras una vacilación, la muchacha le miró con creciente temor.

—Se dice... que hay involucrado un juez federal en todo esto.

—¿Nombre?

—No lo sé. Ni creo que lo sepa ninguna de nosotras. En realidad, es posible que ni siquiera sea cierto.

—¿Por qué le habló de mí a ese Singer?

—Él me obligó... Sabía que los periodistas me habían interrogado, y que la policía lo había hecho también, aunque sin poner mucho interés en mí. Me obliga a darle cuenta cada día de quién me ha visitado en relación con la muerte de May... así surgió usted.

—Ya veo...

—¡Le juro que es cuanto puedo decirle! Ahora váyase... ¡Váyase y no vuelva si no quiere que me maten también!

Él la miró. Vio el terror en aquellos hermosos ojos. Recordó el miedo de que había dado muestras cuando recibió la llamada de Singer... y en lugar de dejarse dominar por la ira sintió una profunda pena por aquella muchacha.

—Está bien, Virginia; quería aclarar este asunto. Ahora sé a qué atenerme... y sé que uno de mis hombres está corriendo un grave riesgo. Si algo le sucediera...

Giró sobre los talones y salió rápidamente del apartamento.

Tras unos instantes de inmovilidad, Virginia estalló en llanto y se dejó caer de bruces sobre el amplio diván... tal vez lloraba por la amarga vida que tenía ante ella hasta el fin de sus días, encadenada

a una organización sin entrañas... o tal vez fuera solamente una reacción natural a causa del terror sufrido...

Allí siguió, sollozando como una niña.

CAPÍTULO X

LOS «AMIGOS» DE PETER BRETT

Brett miró al corredor de apuestas con el ceño fruncido.

—Escúchame, Corp, y no apures mi paciencia. Te conozco desde hace tanto tiempo que podría escribir tu biografía, ¿lo has olvidado? Sólo con la mitad de lo que yo sé de ti, un jurado tendría suficiente para mandarte cuatrocientos años a Sing-Sing.

Y ahora me sales con que no sabes nada de la trata de blancas, ni de las Call-Girls ni nada de nada. ¿Por qué clase de imbécil me tomas, muchacho?

John Corp, un tipejo desnutrido, nervioso, de rostro cetrino y ademanes furtivos, esbozó algo semejante a una sonrisa.

—Mira, Peter —balbuceó—. Yo sé lo que son Call-Girls y toda esa fauna. Nadie lo ignora... Pero no sé una palabra de este asunto particular que te interesa. Quizá hay una organización que las explota... no voy a discutirlo. Pero yo lo ignoro.

—Eres un mal embustero, amigo. Tú conoces el hampa mejor que yo, que ya es decir. Vives sumergido en ese mundo, oyes rumores, captas palabras al parecer inocuas... pero que no lo son una vez encajadas junto con otras escuchadas en otras ocasiones. ¿Vas a negarme ahora tu ayuda?

—¡Pero si no «puedo ayudarte», Peter! ¿No quieres comprenderlo? Además, no comprendo qué interés es el tuyo en este asunto... siempre andas metido en líos, pero si te metes en los de esta clase no llegarás a viejo. ¿No quieres entenderlo?

—Ajá, de modo que sabes que indagar este asunto es peligroso...

—Lo es meter las narices en toda clase de asuntos en los que anden de por medio pistoleros y gente gorda...

Brett suspiró pacientemente.

—Estás delatándote tú mismo, Corp —dijo—. Además, me pregunto por qué estás tan nervioso.

—¿Quién, yo? Tú ves visiones...

—Es posible, pero has mirado el reloj media docena de veces desde que estoy aquí. ¿Tienes algún «primo» gordo para tus apuestas trucadas?

—¡Mis apuestas nunca son trucadas! Bueno —rectificó—, sólo algunas veces. Pero ahora no hay nada de eso... Tú me pones nervioso con tantas preguntas. No creo que ni la policía me atosigara de esta forma.

—Corp, desde la última vez que te vi has cambiado mucho. Incluso tu manera de vivir es diferente. Nunca habías tenido un apartamento como éste.

El corredor de apuestas miró a su alrededor con cierto orgullo. Realmente, era un apartamento cómodo y espacioso, instalado con bastante lujo. Se encogió de hombros.

—Tuve una buena racha —dijo—. ¿Vas a preguntarme también cómo gané mi dinero?

—No me importa cómo les sacas el dinero a los incautos.

—Tú también has cambiado. ¿De veras no te has metido a polizante? Porque lo pareces, ¿sabes?

—Si yo fuera polizante, tú estarías entre rejas hace años. En fin, me haces perder un tiempo precioso. ¿Quieres ayudarme, sí o no?

Corp se levantó y anduvo de un lado a otro nerviosamente. Una vez más consultó su reloj, y al fin dijo:

—No puedo, Brett; no sé nada de lo que te interesa... Además, tú sabes que nunca he sido delator.

—Pamplinas...

En aquel momento, un ruido procedente de la puerta hizo dar un respingo al corredor de apuestas, que giró la cabeza hacia la fuente del ruido. Brett le miró con creciente alarma y comenzó a levantarse.

Entonces, una voz ordenó:

—Muy bien, preguntón, las manos sobre la cabeza.

Se volvió. Dos hombres de aspecto torbo le apuntaban con sendos revólveres. Los dos eran de parecida contextura y en ambos se adivinaba al pistolero profesional. Corp dejó escapar un suspiro

semejante a una queja.

Peter levantó las manos lentamente. Sus ojos entrecerrados estaban fijos en el corredor de apuestas.

—De modo que era eso —gruñó—. Puerco traidor... Estabas esperando a tus amigos, por eso te mostrabas tan impaciente...

—Cierra el pico y vuélvete de espaldas, fisgón. Vamos a registrarte. Podemos hacerlo sin hacerte daño o podemos pegarte un tiro aquí mismo. Tú verás si colaboras.

Sin hacerles caso, Brett comentó, encarándose con el que creyera su amigo:

—Debí suponer que toda esta prosperidad tuya tenía un fondo tan sucio como éste. Estás a sueldo de esa organización... ¿en calidad de qué, Corp? Porque tú no tienes tipo de pistolero... ni de «gancho» para atraer incautas para explotarlas después. ¿Qué es lo que haces, dime?

—¡Ya basta! —gritó uno de los gorilas—. Vamos a hacerlo a tu manera...

—¡Un momento! —exclamó Corp—. No quiero escándalos aquí. El vecindario comenzaría a hacerse preguntas sobre mí y eso no me conviene...

Los dos pistoleros se miraron. Empezaron a reír sin pizca de humor. Uno de ellos dijo:

—¿Tú has oído eso? No le gustan los escándalos...

Corp empezó a alarmarse. El otro pistolero gruñó:

—Ya basta de charla. La orden es liquidarlos a los dos. ¿Lo has entendido, Corp? Ésas son las instrucciones. Te has convertido en sospechoso desde el momento en que atraes la atención sobre ti...

—¡No pueden hacerme esto a mí! Trabajo como el mejor en este asunto... ¡No pueden matarme...!

Brett, burlón, dijo:

—Te lo has ganado, compañero. Debiste elegir mejor a tus patronos.

Entonces se volvió de cara a los pistoleros. Sus ojos eran dos rendijas y sus nervios estaban tensos como cables.

—Muy bien, adelante, registrenme. No estoy armado —aseguró.

Los dos matones titubearon un segundo. Luego, el que parecía llevar el mando decidió:

—Tú, Corp, regístrate. Y si le encuentras un arma sácala sólo con

dos dedos para dejarla caer al suelo... hay muchas maneras de morir mucho más desagradables que con una bala en el cuerpo.

Corp se acercó a Peter tambaleándose como un borracho. Miró a Brett con ojos suplicantes y sólo encontró en él una dureza de diamante.

—Me equivoqué —susurró—. El hombre que buscas se llama Leonard... Juez Leonard. El otro es...

El estampido de una pistola ahogó su voz. Brett no se entretuvo en ver morir al traidor, sino que dando un salto prodigioso fue a caer detrás de un butacón, justo cuando dos balas zumbaban sobre su cabeza.

Cuando cayó al otro lado del mueble ya tenía en la mano una potente automática «Luger». El eco de los disparos seguía retumbando en su mente cuando apretó el gatillo disparando sin apuntar, sólo para mantener a sus enemigos ocupados.

Le devolvieron el fuego. Los proyectiles se hundieron en el butacón y Peter pensó que no iba a salir entero de la batalla. Pocas veces en su vida había estado tan acorralado como en esta ocasión.

Entonces escuchó una seca orden, y unos pasos precipitados que se desplazaban. Adivinó que intentaban cazarlo entre dos fuegos y apretó los dientes.

Uno de los pistoleros siguió disparando, haciendo estremecer el pesado butacón a cada impacto, pero eso era una cortina de humo para que su compañero pudiera desplazarse hacia un lado...

Brett se desentendió del que disparaba. Todos sus sentidos estaban puestos en captar un leve movimiento en cualquier lado...

Un movimiento como el de aquella sombra en la pared de la derecha... una sombra cautelosa que se deslizaba...

Detrás de la sombra asomó un hombro y un brazo... después una cabeza de ojos brillantes.

La «Luger» lanzó su canto mortal con fulminante rapidez. Parte de aquella cabeza se desparramó contra el muro... el hombre y su sombra se derrumbaron.

Entonces saltó de pie escupiendo fuego y muerte como poseído de un ataque de locura. El segundo pistolero quedó tan sorprendido de verlo aparecer de aquella manera que tardó una décima de segundo más de la cuenta en tirar del disparador, de modo que la mortífera carga de la «Luger» le alcanzó de lleno una y otra vez,

zarandeándolo, arrojándolo de cara contra una mesa antes de desplomarse al suelo, todavía seguido por los implacables proyectiles de Peter Brett, que había dado al fin rienda suelta al furor acumulado por aquella encerrona.

Después, cuando la pistola estuvo vacía, ya sólo se ocupó en salir de allí sin perder un segundo, de manera que cuando los vecinos se atrevieron a reventar la puerta hallaron un cuadro espeluznante, con tres cadáveres como mudo testimonio de una breve batalla de la que no parecía haber quedado nadie con vida...

Nadie, excepto el hombre que se deslizaba por la escalera de incendios silencioso como un fantasma.

Un fantasma con una información de inmenso valor para Carella.

CAPÍTULO XI

JOHNNY SE RINDE

Sólidamente amarrado a la silla, Johnny Rugolo contempló a los dos hombres encargados de su custodia. Hizo una mueca porque no le gustó en absoluto lo que estaba viendo.

Los dos gorilas no le prestaban demasiada atención, ocupados en jugar a las cartas, pero no cabía duda que eran duros y fríos. No sacaría nada con intentar sobornarlos, o con idear una treta para que le dejaran las manos libres.

Había perdido la noción del tiempo metido en aquella bodega. Le hubiese gustado saber si era de día o de noche, y cuántas horas llevaba allí encerrado y qué esperaban sus enemigos. Hasta el momento, aparte de los golpes recibidos a su llegada, no habían vuelto a ocuparse de él en absoluto. Pero esa aparente indiferencia era lo que más le inquietaba, ya que no abrigaba muchas esperanzas respecto al destino que le tenían reservado.

Alfilerazos de dolor saltaban de las magulladuras causadas por la paliza recibida. Filosóficamente se dijo que cuando los responsables de su captura volviesen a ocuparse de él tendría muchos más motivos de queja, lo cual resultaba muy poco alentador.

Repentinamente indagó:

—¿Hasta cuándo va a durar esto, bastardos?

Los dos hombres volvieron la cabeza. Uno de ellos refunfuñó:

—¡Cierra la boca, fisgón! Ya hablarás cuando te pregunten.

—¿Y cuándo será eso?

—¿Tienes mucha prisa en recibir otra sesión?

—Apuesto que está impaciente por que le corten el gaznate —
cacareó el segundo pistolero, echándose a reír.

De nuevo se desentendieron de él. Johnny rechinó los dientes de impotencia, pero luchó por mantenerse tranquilo. No albergaba ilusión alguna, pero estaba dispuesto a poner en práctica todos los trucos que habían planeado con sus compañeros para situaciones como ésta en que se encontraba.

Si le daban oportunidad de hacerlo, por supuesto.

Una eternidad más tarde, la puerta se abrió desde el exterior y entraron tres hombres. Rugolo los examinó con interés.

Uno era el que parecía llevar el mando entre los guardianes, el mismo que le sacudiera duro a su llegada. Sólo que ahora no se mostraba tan fanfarrón.

Los otros dos diferían de él como la noche del día. Ambos habían rebasado ya los cincuenta años, los dos vestían trajes de excelente corte y se desprendía de ellos una sensación de poder y seguridad que le dio mucho que pensar cuando se le acercaron.

—¿No llevaba ningún documento, Barony?

La pregunta partió de uno de ellos. Barony gruñó:

—No le hemos encontrado nada capaz de identificarle. Y todo lo que está dispuesto a decir es que se llama Johnny.

—Pero tú tienes recursos para desatarle la lengua, ¿no es cierto?

Joe Barony descubrió los dientes en una mueca de ferocidad. Rugolo se estremeció al comprender el sadismo que anidaba en el fondo del hampón.

—Será un placer, senador —dijo.

Johnny enarcó las cejas y exclamó:

—¡Un senador! Debí figurármelo al ver con qué celeridad la policía cambiaba de rumbo en sus pesquisas. ¿Cuál de ustedes es el senador, señores?

—Puesto que no tendrá ocasión de revelarlo a nadie, no tengo inconveniente en admitir que soy yo —dijo el más alto—. ¿Quiere ser razonable y evitarse dolores inútiles? Barony es un experto en estos menesteres.

—No puedo decirles nada...

—¿No puede?

—No...

Fingió un creciente temor. Debía representar bien su papel si quería tener la oportunidad de vivir. Ésta era una de las situaciones que habían estudiado muchas veces como hipótesis probable.

Barony avanzó hacia él. Se detuvo a menos de un paso. Y sin previo aviso le golpeó. Fue un golpe brutal que alcanzó a Johnny en un lado de la cabeza, tirándole al suelo en compañía de la silla.

Los dos guardianes le levantaron, dejándole otra vez frente a su patrón.

El senador insistió:

—¿Se da cuenta? Sólo conseguiré que Barony le destroce. Díganos quién le pagó para seguir a Singer y se ahorrará sufrimientos inútiles...

Lo dijo en un tono como si realmente lamentara los sufrimientos de Rugolo. Éste se lamentó:

—¡No puedo decirles lo que ignoro...! No me creerían...

—Pruebe a ver.

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Antes que terminase el movimiento Barony le descargó otro mazazo a la cara que le arrojó de espaldas con estrépito.

Johnny sintió el gusto dulzón de la sangre en la boca. Calculó que por lo menos la mitad de sus dientes se habían aflojado y la idea no le gustó en absoluto.

Una vez más, los dos mastodontes le colocaron ante su verdugo con indiferencia.

—¡Maldito sea! —aulló—. Aunque les dijera la verdad no me creerían... ¿por qué no me dejan? Todo lo que hice fue seguir a ese maldito figurín...

—A Michael Singer. Pero ¿por cuenta de quién?

Rugolo fingió que reflexionaba. Dirigía miradas cargadas de temor hacia donde Barony aguardaba, los puños en ristre y una mirada brillante en sus ojos de loco.

—Tengo un teléfono —dijo Johnny al fin—. Es la única manera que puedo comunicarme con él cuando me emplea.

—Más claro. ¿Quién es él?

—Uno de esos tipos que hacen pesquisas por cuenta de los reporteros. Cuando está demasiado ocupado recurre a mí para los trabajos de rutina.

Los dos hombres se miraron. El senador empezó a sudar a pesar de la baja temperatura de la bodega.

—Siga.

—¿Qué más quiere que le diga? Eso es todo.

—¡El nombre de ese individuo!

—Yo le conozco por Frank, nunca supe su apellido.

—¡Frank! El tipo que interrogó a Virginia y a la hermana de May. Ése es el hombre que buscamos —casi gritó el senador—. ¡Denos su teléfono!

—Bueno, ¿pero qué gano yo con eso? —protestó Johnny.

—Ahorrarse una paliza de muerte. ¿Le parece poco? —Gruñó Barony con evidente desencanto.

—Pero me matarán igualmente...

—Podemos estudiar otra solución si nos da ese número...

—¿Me dejarán en libertad si hablo?

—No, pero dentro de unos días, cuando el asunto haya sido olvidado, quizá podamos pagarle un viaje lejos de aquí. Y ahora, ese teléfono.

Como si el miedo estuviera a punto de hacerle desfallecer, Johnny balbuceó las cifras del teléfono del apartamento que les servía de cuartel general.

Barony tomó nota del número. Después el senador preguntó:

—¿Está seguro que no puede decirnos nada más sobre ese individuo llamado Frank?

—Nunca he sabido nada de él. Cuando me necesita se pone en contacto conmigo por teléfono, citándome a cualquier parte.

—Muy bien. Ahora será usted quien le citará aquí.

—¿Cómo?

—Le hará creer que tiene noticias importantes para él, pero que debe venir para ver por sus propios ojos de qué se trata...

—Querrá que le diga por teléfono la naturaleza del asunto...

—Le dirá que tiene a Singer localizado en esta *casa* en compañía de conocidos cabecillas del hampa. ¿Lo ha comprendido? Eso le hará acudir sin pérdida de tiempo. Y haga bien su cometido si no quiere que le rompan el cuello... Johnny.

Rugolo simuló pensarlo unos instantes. Luego gruñó:

—No quiero que me peguen más por culpa de él... A fin de cuentas es quién se lleva la parte del león a la hora del cobro... Lo haré.

—El teléfono, Barony.

El hampón acercó un aparato a la mesa desvencijada donde los dos matones habían estado jugando a las cartas. Consultó el número

y lo marcó a continuación, escuchando hasta asegurarse de que al otro lado sonaba el timbre. Entonces pasó el auricular a la oreja de Rugolo, sosteniéndolo allí.

Johnny oyó como descolgaban el teléfono y la voz del Lin Burke que preguntaba algo.

—Soy Johnny —anunció—. Quiero hablar con Frank. ¡Tengo noticias urgentes!

—¿Dónde estás muchacho? Empezábamos a inquietarnos.

—Sólo hablaré con Frank. Él me tiene ordenado que no confíe los datos a nadie.

—¿De qué diablos estás hab...? ¡Oh! —Hubo un gruñido y luego la voz de Lin que llamaba a Frank a voces.

—¿Frank? —preguntó Rugolo cuando oyó el ruido del cambio de manos.

—Sí. ¿Eres tú Johnny?

—Tengo importantes informes para usted, Frank... cosas realmente grandes. Pero tendrá que darse prisa o no llegará a tiempo...

—Comprendo, Johnny. ¿Adónde he de acudir?

—Se trata de Singer, ¿entiende? Lo seguí hasta una casa en la que está ahora reunido con conocidos cabecillas del hampa. Pero debe darse prisa o se irá de aquí...

—No te inquietes, Estaré ahí en cuestión de minutos.

Dame las señas.

—Estoy en la calle Kearney, cerca del Bowery. Es una calleja sin salida, cortada por un muro...

Miró a Barony en busca de más datos. El pistolero susurró:

—¡Treinta y uno!

—¡Frank!

—Dime.

—Ahora que recuerdo, es el número treinta y uno. Usted lo encontrará sin duda. Está casi al final del callejón.

¿Vendrá, Frank?

—Inmediatamente. ¡Animo, muchacho!

Sonó un chasquido. Barony apartó el auricular del oído de Johnny y lo depositó en el soporte. Reinó un corto silencio, que rompió el senador al comentar:

—Me alegra que haya sido razonable, Johnny... Eso nos ha

ahorrado una lamentable pérdida de tiempo.

Rugolo le miró con ojos torbos. Sintió tentaciones de reír, porque ellos no podían saber que el hecho de tratar de usted a Carella era la contraseña para indicar que se trataba de una trampa en la que él ya estaba prisionero. Sólo le quedaba esperar.

Si se lo permitían.

Barony gruñó:

—¿Lo despachamos ya, senador?

—No. Si ha mentido, o se trata de una artimaña para ganar tiempo le obligaremos a que sea más sincero la próxima vez.

—¡Eh! —aulló Rugolo—. Usted me ha prometido que me daría una oportunidad.

Barony se echó a reír. Dijo:

—La oportunidad de morir de un balazo en lugar de ser despedazado a golpes... No puedes quejarte, pichón.

Johnny abatió la cabeza. Trató de adivinar qué método emplearía Frank para el asalto, con la idea de hallarse preparado para los acontecimientos. Todo dependía del estado de ánimo de Carella, porque si estaba furioso...

Dejó de preocuparse y continuó con su actitud de abatido terror.

Barony empezó a silbar una vieja tonada de *jazz*.

CAPÍTULO XII

DE MUERTE A VIDA

Rugolo miró a su alrededor. Reinaba un silencio sepulcral en la bodega. El senador y su silencioso acompañante estaban sentados en un rincón hablando en voz baja. Barony se entretenía resolviendo un solitario con los naipes. Los dos vigilantes habían sido apostados arriba para cazar a Frank tan pronto como apareciera.

De nuevo Johnny se impacientó por la ignorancia del tiempo que transcurría con desesperante lentitud. Estaba cansado de devanarse los sesos pensando cómo sería la intervención de sus compañeros. Seguro que atacarían de manera fulminante, para no darles tiempo a tomar represalias contra él... pero eso iba a resultar muy problemático, ya que no hay ningún hombre más rápido que una bala.

Y entonces lo advirtió. Levantó la cabeza, sorprendido. Aspiró profundamente. No se había equivocado.

Apretó las mandíbulas y contuvo el aliento. Con esa jugarreta no había contado.

El siguiente en advertir que algo no iba bien fue Barony. Levantó la mirada de las cartas y olfateó el aire.

—¿Qué demonios...?

El senador pegó un respingo.

—¿Qué sucede, Barony?

—¿No huele usted a gas?

Los dos hombres se levantaron de un salto.

—¿Gas? No.

Barony se arrodilló en el suelo y casi pegó la nariz en las baldosas. Se levantó como si le hubiera mordido una víbora.

—¡Está llenándose de gas toda la bodega! —gritó—. Debe haber un escape en alguna parte...

Miró a su alrededor, como buscando una tubería inexistente. El senador y el otro avanzaron. Por primera vez Johnny escuchó la voz del desconocido.

—Calma, Barony. Sea como sea, si se trata de gas tardará todavía en llenar la bodega. ¿Hay instalación de gas en la casa?

—En la cocina, aunque nunca se usa.

—Ahora lo huelo —gruñó el senador—. Pero tiene un olor raro... picante... hay que salir de aquí, Leonard.

Los dos se dirigieron rápidamente a la puerta. Barony empezó a toser. Dijo con voz ronca:

—¿Qué hacemos con ese tipejo, senador?

—Déjalo aquí. El gas se encargará de él. ¡Trae la llave!

Barony corrió hacia la puerta, insertó la llave y le dio vuelta. Cuando abrió la puerta, una serpiente de plástico se extendió entre sus piernas obligándole a dar un salto. Un suave susurro brotaba del tubo.

—¡Miren! —aulló.

Al mismo tiempo sacó el revólver y trató de retroceder. Pero ya era demasiado tarde para eso y una infernal ráfaga de ametralladora le alcanzó de lleno, barriéndolo como a un pelele, casi partiéndole por la mitad.

Los dos estupefactos cómplices de Barony vieron el salto mortal de éste y cuando se desplomó al suelo ellos retrocedieron a trompicones. Ambos empuñaban revólveres aunque no parecían saber muy bien qué hacer con ellos.

Una figura monstruosa surgió en el umbral. Detrás de ella, otra se movió a un lado, retirando el tubo por el cual habían introducido el gas.

El senador disparó con poca práctica. El figura con la cabeza deformada por la máscara movió el cañón de la metralleta «Sten» y un diluvio de balas cruzó la bodega en busca de víctimas. Simultáneamente, dos hombres con las caras cubiertas por sendas máscaras compactas, irrumpieron y la ametralladora cesó de emitir su cántico de muerte.

Johnny, semiinconsciente, trató de gritar su entusiasmo sin conseguir otra cosa que un sordo gruñido. Una careta le fue

colocada sobre el rostro, mientras unas manos firmes cortaban sus ligaduras, y el hombre gigantesco que empujaba la «Sten» avanzaba implacablemente hacia el rincón donde, con la mirada desorbitada, el socio silencioso le miraba paralizado de terror. A sus pies, acribillado, el senador ensuciaba las ya sucias baldosas con su sangre de rufián.

De un puntapié, Carella arrancó el revólver de la mano paralizada del hombre. Luego hizo una seña a los otros y uno se destacó para agarrar brutalmente al hombre y arrastrarlo hacia la salida, mientras el segundo miembro de «Los justicieros» ayudaba a Rugolo a andar en busca de un aire menos contaminado.

En el rellano de las escaleras, Johnny vio el pequeño cilindro de gas a presión, y el largo tubo que se extendía hacia la puerta de la bodega.

Arriba encontró los cuerpos retorcidos de los dos pisaderos. No presentaban herida alguna, pero sus actitudes no dejaban lugar a dudas sobre la manera cómo habían hallado su trágico fin.

Sólo entonces se libraron de las caretas.

Carella gruñó:

—Tenemos que largarnos de aquí. No se han oído los disparos desde la calle porque esa bodega es muy profunda, pero no quiero correr más riesgos... ¿Peter?

—Sí, Frankie.

—Llévate a ese hijo de perra al apartamento. Y ten cuidado con él. Va a tener que explicar muchas cosas.

—Descuida, lo trataré con guante blanco —prometió Brett, propinando un puntapié en las posaderas del hombre, que salió tropicando hacia la salida.

—Hazlo —le recomendó Carella, burlón—, porque se trata del juez Leonard Bloomsbury...

—¡Diablos! De manera que un juez, ¿eh?

Rugolo iba recobrando el resuello poco a poco. Todavía sentía la picazón del gas en la garganta, pero encontró voz suficiente para decir:

—Y el otro era un senador, aunque maldito si sé su nombre.

—Todas las altas esferas metidas en ese sórdido negocio...

Brett se marchó con su prisionero, al que no trataba precisamente con consideraciones. En otro coche, minutos más

tarde, lo hicieron Carella, Lin Burke y Johnny Rugolo, el cual aprovechó el viaje para relatar la manera cómo le habían cazado.

—Creo que entiendo cómo funcionaba la organización —rezongó Carella, tras escucharle—. Esos hombres la idearon como un negocio perfecto, valiéndose de sus puestos influyentes. Sólo que necesitaban alguien de acción para los cometidos de violencia. No obstante, no deseaban formar una banda de pistoleros. Seguramente pensaron que en una pandilla siempre hay algún descontento que se va de la lengua, de modo que se pusieron de acuerdo con Joe Barony, el cual poseía excelentes relaciones en el mundo del delito, y éste dirigió desde entonces a los dos o tres «empleados» fijos, para llamarlos de alguna manera.

—¿Y los asesinos? —rezongó Lin.

—Los contrataban sólo cuando los necesitaban. Criminales a sueldo que cumplían su cometido, cobraban y desaparecían después. Era la manera de que no hubiera nunca complicaciones ni filtraciones, porque ninguno de los matarifes sabía realmente para quién hacía el «trabajo»... ni tenían la menor idea de qué clase de organización era la que Barony representaba.

—Muy ingenioso... Y entretanto, incontables muchachas eran inducidas a aceptar esa depravación... —Rugolo dejó escapar un juramento ante la idea—. Ahora comprendo que las trajesen de todos los Estados de la Unión... Les interesaban forasteras para que no tuvieran familiares ni relaciones aquí... Me queda el consuelo de que todavía le podré ajustar las cuentas a Singer...

—Lo siento, Johnny —replicó Carella—. Yo también tengo noticias para ti... Singer ha muerto.

—¡Maldito sea!

—Cuando advertimos que no dabas señales de vida le echamos el guante, para obligarle a decirnos qué había sucedido. Estábamos seguros que tú no habías abandonado su persecución voluntariamente... Pero el tipo llevaba un revólver del calibre 32, sujeto a la pierna y por poco no le voló la cabeza a Peter... Hubo que liquidarlo.

—Ya veo... Sospecho que era el «gancho» de la organización, ¿no es así, Frank? De todos ellos, era el único con condiciones para engatusar a muchachas infelices, con la cabeza llena de pájaros...

—Lo era, Johnny... Tengo una extensa declaración firmada por

Virginia, aunque ella no conocía a los jefes de la pandilla. Pero sí sabía mucho sobre Singer.

—¿Y qué vamos a hacer ahora con el juez?

—Hablaré con el secretario de Justicia. En esta ocasión opino que debe darse publicidad al caso, aunque sólo sea para que sirva de aviso a otras muchachas incautas en el futuro...

—Pero si los periódicos meten la nariz en esto, hablarán de nosotros también... de «Los justicieros».

—Bueno, veremos qué dice el «viejo» —gruñó Frank—. De todas maneras, quizá va siendo hora de que se nos haga también un poco de propaganda, ¿no crees?

Se echaron a reír. Entonces Lin Burke, que conducía el auto, lo arrimó a la acera y los tres descendieron. Johnny aspiró el húmedo aire de la noche, llenándose los pulmones para limpiarlos de los restos del gas que todavía le cosquilleaba las entrañas.

—No cabe duda que, si se hace público todo esto, será un proceso sensacional —dijo—. Pero no estoy tan seguro de que sea conveniente tanto ruido.

—Lo decidirá el «viejo» —insistió Carella—. Ahora vamos a ocuparnos del juez... para que firme una declaración completa.

—Déjame solo quince minutos, Frank... Todavía me estremezco al pensar en sus ojos de reptil, mirándome complacido mientras Barony me machacaba...

Mientras subían en el ascensor, Lin gruñó:

—¿Olvidas que se trata de un juez, muchacho? Le debes cierto respeto...

—El mismo que él ha tenido conmigo.

Llegaron arriba. En el mismo instante que abandonaban el aparato, oyeron la voz alterada de Peter Brett que gritaba:

—¡Quieto, no sea loco...! ¡Condenación!

De un salto, Carella abrió la puerta. Los tres entraron en tromba.

Peter Brett estaba inclinado fuera de la ventana. El juez no se veía por ninguna parte.

—¡Peter!

La voz de Carella le obligó a girar como una peonza.

—Lo lamento, Frank... pero me ha pillado de sorpresa.

Cuando me he dado cuenta estaba saltando fuera de la ventana...

Carella se asomó. En la acera, quince pisos más abajo había un bulto oscuro e informe. Algunos retrasados noctámbulos corrían hacia el desgraciado profiriendo gritos de espanto.

Carella se enderezó, cerró la ventana y gruñó.

—Por lo menos, no podrán saber desde qué piso ha saltado. Después de todo, quizá haya sido mejor así.

—Por lo menos más discreto —opinó Rugolo.

—Pero me ha dado un buen susto —quejóse Peter Brett—. Que el diablo le lleve.

Ese despiadado epitafio fue la despedida de «Los justicieros» para el juez; el hombre que en unión de otros tan desalmados como él había hundido, degradado, destrozado a infinidad de mujeres, algunas de las cuales, como Virginia Auburn, todavía podrían recobrar su condición humana gracias a aquel grupo de héroes anónimos dedicados a combatir al crimen con sus mismas armas, con su misma violencia...

Gracias a «Los justicieros».

FIN



EDITORIAL BRUGUETA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

